

*adriano gómez molina*



*antología*

**4**

**josé antonio**

DONCEL

Adriano Gómez Molina

# José Antonio

antología

José Antonio antología- Adriano Gómez Molina

Para esta Antología se han utilizado

Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Edición Cronológica. Edición de la Delegación Nacional de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S. Madrid, 1954.

Textos inéditos y Epistolario de José Antonio Primo de Rivera. Ediciones del Movimiento. Madrid, 1956.

Últimos Hallazgos de Escritos y Cartas de José Antonio. Ediciones del Movimiento. Madrid, 1962.

Frente a frente, José M<sup>a</sup> Mancisidor. Madrid, 1962.

3<sup>a</sup> Edición, 1969

DONCEL

Retrato de la portada, de Lorenzo Goñi.

Distribución: Editorial Doncel. Pérez Ayuso, 20. Tel. 415 74 04. Madrid-2.

# INDICE

	Págs.
PRÓLOGO .....	4
NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN .....	8
I. ESPAÑA.....	9
Idea de la Patria.	
España como Patria	
Unidad y variedad de España	
Los separatismos	
Catalanismo y Burguesía capitalista	
Entraña y estilo	
España es irrevocable	
Peculiaridad de España	
España. Permanente quehacer	
Justificación de España	
Gloria de España	
Repudio del Nacionalismo	
Ambición histórica	
España limpia, alegre y faldicorta	
%paña: No invocar su nombre en vano	
España: De todos y para todos	
II. DOLOR DE ESPAÑA .....	24
España en ruinas	
La tierra sedienta	
El hambre del pueblo	
Las lápidas de los caciques	
España drogada	
Amargura de España	
Insolidaridad hispánica	
III. PATRIOTISMO CRÍTICO .....	28
IV. POLÍTICA ESPAÑOLA .....	31
La España anterior a la Dictadura	
La Dictadura	
El 14 de abril	
Derechas o izquierdas. Valores estériles	
Derechas	
Izquierdas	
El socialismo español	
V. ENCUENTRO CON EL PUEBLO .....	39
VI. TAREA DE ESPAÑA .....	42
Justicia social y destino colectivo	
La reforma agraria	

## Prólogo

Hace años que la pluma del olvidado Bastera estampara aquellos versos con vocación de lápida clásica:

¡Oh, joven doloroso, joven triste  
Que sufres como yo del mal de España  
Y que una negación honda, en tu entraña  
Tienes, clavada, contra lo que existe!

Tu virgen corazón vibra de saña,  
De santa saña porque no tuviste  
Lo que pidió tu amor cuando naciste:  
De la Patria, una idea y una hazaña.

La angustiaba al poeta cántabro la ausencia de una idea y de una hazaña de España y clamaba por la falta en versos doloridos. Bien pudieran ser ellos la cifra de la orfandad nacional de las juventudes de aquellos años. Bien pudiéramos decir hoy nosotros que no es ésa nuestra situación, porque entre aquellos versos del vasco romanizado y nuestros días, sobre la piel de España se levantó, como una llama, la voz y la obra de José Antonio.

Gracias a él, nosotros tenemos hoy

«de la Patria, una idea y una hazaña».

Sabemos que España es una unidad de destino en lo universal, aunque para algunos acaso esto sea solamente ya un «slogan» político quemado por el uso y el abuso. [¡Qué lástima, amigos, que ocurran estas cosas, que oídos jóvenes por culpa de ciertos estereotipadores no capten todo lo que detrás de este concepto hay!] Pero para muchos, no podía ser de otro modo, la fórmula sigue fresca porque cualquiera que la mira con las luces del alma y las del corazón, verá que la definición de José Antonio escapa de la accidentalidad de una episódica fórmula política para entrar, indiscutible y firmemente, en el horizonte de la categoría.

Sobre la unidad de destino construye José Antonio el armazón de su ideario. La unidad de destino es la piedra clave de nuestra doctrina. De su firmeza dependerá todo el resto. Bien claro lo dijo él: «Nosotros colocamos una norma de todos nuestros hechos por encima de los intereses de los partidos y de las clases. Nosotros colocamos esa norma, y ahí está lo más profundo de nuestro movimiento, en la idea de una total integridad de destino que se llama la Patria». Y efectivamente creemos que este punto de partida es el exacto, que la unidad de destino es buena peña para -como en el pasaje de San Mateo- edificar una casa imbatible: La casa imbatible de una doctrina que más que tesis es síntesis definitiva para el rumbo óptimo de la Patria española.

Porque la definición de que se parte a poco que se profundice en ella se nos mostrará de una riqueza y potencialidad sorprendentes.

No es ocioso el señalar la evidencia de los precedentes destacados que el concepto joseantoniano tiene en el pensamiento español. Pensemos en Donoso con su idea de comunidad de responsabilidad o en Ortega con su proyecto sugestivo de vida en común, o en

la misma Conquista del Estado, en cuyas páginas gallardas y germinales se recoge una y otra vez la noción de empresa. Tampoco es posible omitir la influencia poco señalada a nuestro entender que sobre José Antonio ejerciera D'Ors con su irónica crítica del concepto romántico de nación, su ataque al naturalismo y al irracionalismo y su defensa de lo clásico.

Pero lo importante aquí, como en otras cosas, es que José Antonio sintetiza los logros anteriores y formula felizmente su definición llamada a ocupar el primer puesto en la línea de las concepciones de España.

Cuando José Antonio habla de la «eterna metafísica de España», cuando instala al patriotismo no sobre lo sensible, sino sobre lo intelectual, cuando configura a España como un destino, como una empresa, está plantando su concepción sobre categorías permanentes de razón y no sobre volubles y sensuales querencias naturales. Está concibiendo platónicamente a España, está instalando su definición en el mundo de las ideas objetivas y eternas. En el autógrafo de la «Pensión Latina» de Berlín, la concepción platónica de la Patria está expresamente reflejada: «... la España que acaso no existe físicamente, pero que existe en lo eterno como las verdades matemáticas y que volverá a proyectarse en la Historia.» España es una idea anclada en el reino de la inteligencia y no en el del sentido.

José Antonio levanta frente a la idea romántica de la Patria asentada en lo primario, en lo sensible, su idea de una Patria instalada en lo más difícil, en lo intelectual: el pueblo considerado en función de universalidad con una empresa que cumplir, deviene en Patria. Esta empresa supone un esfuerzo. La Patria se concibe esforzadamente y así la Historia prevalece sobre la Naturaleza, con lo que queda clara su expresión de que la vida de los pueblos es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo histórico, entre lo nativo instintivo y lo ingentemente difícil, que es saber cumplir en la Historia un destino. En este segundo terreno se basa la idea de Patria de José Antonio: queda inserta en el reino de la lira, «sabia en números» y «rica en empresas»,- en el «ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta».

Esta concepción de España inmarcesible y luminosa, enfrentada con el patriotismo naturalista, sensual y telúrico, pudiera parecer excesivamente geométrica, fría y racionalista. Pero José Antonio no niega ni desprecia la fuerza creadora de lo espontáneo, de lo natural; lo que hace es someter los valores instintivos, los valores de sentimiento y voluntad a los superiores de pensamiento y espíritu. Valora en su justo lugar la viveza y la gracia que pueda tener lo espontáneo y lo sensible, pero sin rendirse a ellos: «Bien está que bebamos el vino dulce de la gaita, pero sin entregarle nuestros secretos». Y así su concepción es la exacta: ni granítica y gélida, ni oscura e irracional. Su concepción de España es el resultado lógico de lo que más nos sorprende y atrae en su figura: ese su excepcional talante armónico y sintético que aúna y jerarquiza inteligencia y corazón. «El corazón tiene sus razones, que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón», nos diría apodóticamente complementando a Pascal de la mano de don Eugenio d'Ors. Por eso, ante esta concepción eidética de la Patria, la juventud que le siguió lo hizo de modo apasionado, pero no embriagada o drogada por músicas de gaitas que halagaran los instintos más primarios. El no fue un seductor o encantador del pueblo que recurre a halagar la irracionalidad del hombre, sino que capitaneó juvenil y generosamente a una generación a la que habló en sus fibras más nobles y puras y que le siguió porque estaba sedienta de una voz como la suya que le diera la idea de la Patria para poder realizar la hazaña de conseguirla.

La Unidad es la raíz última del entero pensamiento de José Antonio. Frente al pecado de escisión él levantaba la idea amorosa de la unidad. En tierras de miseria y olivar, en el planteado Jaén, proclamó que la esencia del movimiento que él acaudillaba era la unidad. Y ante los universitarios de Valladolid manifestó que «el medio contra los males de la disgregación está en buscar de nuevo un pensamiento de unidad; concebir de nuevo a España como unidad, como síntesis armoniosa colocada por encima de las pugnas entre las tierras, entre las clases, entre los partidos». A lo largo de su decir y escribir, la unidad es la fuente última del pensamiento:

La irrenunciable sed de José Antonio  
era sed de unidad, porque en Castilla

la unidad en la sed es patrimonio.

ha escrito Leopoldo Panero. Y creemos que esa unidad es la unidad del pensamiento clásico, entendida de modo armónico y orgánico, asentada sobre la variedad. Por eso hay como una oculta nostalgia cuando recuerda la Europa del XIII, «el siglo de Santo Tomás», en el que «la idea de todos es la unidad metafísica, la unidad en Dios; cuando se tienen estas verdades absolutas -sigue diciendo- todo se explica, y el mundo entero, que en este caso es Europa, funciona según la más perfecta economía de los siglos. Las Universidades de París y de Salamanca razonan sobre los mismos temas en el mismo latín. El mundo se ha encontrado a sí mismo. Pronto se realizará el Imperio español que es la unidad histórica, física, espiritual y teológica».

Su unidad es una unidad viva, enemiga de la uniformidad aplastante y esterilizante, tanto como del separatismo o autonomismo enfermizo e individualista. La unidad de España está enriquecida por la pluralidad de sus componentes. Los pueblos, las tierras, los hombres y las clases de España son distintos, diversos y plurales, pero todos han de sentirse irrevocablemente armonizados en una misma unidad de destino.

Pudiéramos decir que la unidad de destino, la unidad para la empresa, descansa ad intra, en la unidad de las tierras, de las clases y de los hombres de España. La concepción de España en José Antonio es una concepción proyectiva hacia el futuro, dinamizada, en marcha hacia un mañana atrayente; pero esa marcha, esa motorización -que es una de sus notas más originales y atrayentes- descansa, decimos, sobre la unidad de los componentes físicos. La unidad de destino en lo universal ha de estar asentada sobre la justicia más radical y profunda de la comunidad española; sobre la armonía de sus componentes; sobre la hermandad en el sacrificio y en el beneficio; sobre la idea de una sociedad completa en la que los españoles se sientan hermanos «al repartirse entre todos la prosperidad y las adversidades, porque no estaremos unidos en la misma hermandad mientras unos tengan el privilegio de poder desentenderse de los padecimientos de los otros». No quiere José Antonio hacer grande la Patria tacaña de los privilegiados, sino la Patria grande de todos los españoles: «La Patria que propugnamos no será de la clase más fuerte. Será la de todos. Y en ella no se podrá ir a los jornales de hambre ni a la holganza».

Esta justicia profunda, sustento necesario de la empresa, del destino en lo universal, es a menudo olvidada por los que manosean la definición joseantoniana de la Patria convirtiéndola en retórica de Juegos Florales más o menos patrióticos. Pero bien claro está en sus textos lo que venimos diciendo. En otra ocasión afirma: «Dos cosas forman una patria: como asiento físico, una comunidad humana de existencia; como vínculo espiritual, un destino común». La comunidad humana de existencia se asienta en la justicia; el vínculo espiritual, en el aliento histórico. Si la España que él sueña estuviera falta de ellas, «si España fuese un conjunto de cosas melancólicas, faltas de justicia y de aliento histórico, pediría que me extendieran la carta de ciudadano abisinio; yo no tendría nada que ver con esta España». Así habló ante los zaragozanos reunidos en el Frontón Cinema.

Esta comunidad, basada en la justicia, alcanza la categoría de Patria porque tiene una unidad de destino. Porque es otra frente a las diversas patrias del Universo y cumple un destino histórico diferenciado en lo universal. España «ha cumplido un gran destino en lo universal y puede seguir cumpliéndolo». El cumplimiento de un destino o de una empresa le otorga categoría de patria a España y le hace participar en la armonía y el orden del mundo, «en el destino total y armonioso de la Creación». Esta participación en la armonía del orbe, producto de su formación clásica, elimina cualquier nacionalismo xenófobo -«no somos nacionalistas, porque el ser nacionalista es una pura sandez»- que en su construcción doctrinal equivaldría a un separatismo a escala mayor y, por lo mismo, condenable en extremo.

No hay en José Antonio una concreta y específica exposición de lo que entienda por destino. pero el uso de este término, en paridad con el de empresa o misión y la consideración de su formación católica, elimina la posibilidad de un sentido fatalista y nos lleva a pensar en un sentido providencialista relacionado con la concepción agustiniana de la Historia. El destino será un destino señalado por la Providencia, pero realizado por españoles a través de una

empresa. Lo que está claro en él es que el destino de España está signado por lo ecuménico, por lo unitivo: «España no se ha justificado nunca sino por el cumplimiento de un universal destino...». «Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su Historia.» «... soy de los que creen que la justificación de España está en una cosa distinta; que España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acerbo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal».

Esta es la resultante que su análisis crítico de lo que España ha sido le concede. Pero, ¿y en nuestros días? ¿Qué empresa, qué misión, qué proyecto hacia el futuro se nos ofrece? ¿Cuál es el aliento histórico que sostenga el vínculo espiritual de España? El destino de España radica hoy en implantar en ella un orden nuevo y comunicar ese orden nuevo a Europa y al mundo (1). Ese orden nuevo se concreta en la superación de la crisis que estamos viviendo y que ha corroído los valores morales dejando al hombre aislado y desequilibrado. «Esto es precisamente lo que debiera ponerse a hacer España en estas horas: asumir este papel de armonizadora del destino del hombre y del destino de la Patria; darse cuenta de que el hombre no puede ser libre, no es libre, si no vive como un hombre, y no puede vivir como un hombre si no se le asegura un mínimo de existencia, y no puede tener un mínimo de existencia si no se le ordena la economía sobre otras bases que aumenten la posibilidad de disfrute de millones y millones de hombres, y no puede ordenarse la Economía sin un Estado fuerte y organizador, y no puede haber un Estado fuerte y organizador sino al servicio de una gran unidad de destino que es la Patria; y entonces ved cómo todo funciona mejor, ved cómo se acaba esta lucha titánica, trágica, entre el hombre y Estado que se siente opresor del hombre. Cuando se logre eso (y se puede lograr, y ésta es la clave de la existencia de Europa, que así fue Europa cuando fue y así tendrán que volver a ser Europa y España) sabremos que en cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias, estamos sirviendo, al par que nuestro modesto destino individual, el destino de España, y de Europa, y del mundo, el destino total y armonioso de la Creación.»

La pérdida de la armonía del hombre con su contorno ha producido como actitudes extremas el anarquismo y el totalitarismo. La misión reservada a España y a nuestra generación, dice José Antonio, es la de llegar a la forma madura en que «vuelva a hermanarse el individuo en su contorno por la reconstrucción de esos valores orgánicos, libres y eternos, que se llaman el individuo, portador de un alma; la familia, el Sindicato, el Municipio, unidades naturales de convivencia».

No es una empresa militarista e imperialista la que José Antonio nos propone -aunque no faltan menos que ante la voluntad de Imperio han entendido esto último-, sino una empresa de alta envergadura moral. Nuestro imperar habría de ser un imperar en las ideas: «Ya no hay tierras que conquistar, pero sí hay que conquistar para España la rectoría de las empresas universales del espíritu», dijo a los hombres de Carpio de Tajo.

Si calamos exactamente en el meollo de su obra, ésta es la consigna que de él recibimos. Fletada su idea de la Patria a las aguas de la Historia, en gran parte nos toca a nosotros llevarla a alta mar. De la mano de José Antonio -«pensad que la Patria es un gran barco donde todos debemos remar»- España, proa de Europa, tiene velamen suficiente para lanzarse otra vez a la carrera.

Madrid, mayo de 1960.

(1) Vid. «España y la barbarie».



## **NOTA A LA SEGUNDA EDICION**

Esta segunda edición recoge el nuevo material aparecido después de la primera, y que, gracias al cuidado y fervorosa dedicación de Agustín del Río Cisneros, ha visto la luz en estos últimos años.

La sistemática de los textos ha sido alterada; pero, en sustancia, la Antología sigue recogiendo idéntico contenido doctrinal: el concepto de España en José Antonio, su idea de la patria española y su visión de la realidad que le tocó vivir.

Importa señalar que, tanto en esta edición como en la precedente, al limitarnos únicamente por razones de la colección Lo Español y Los Españoles a este aspecto de la obra del creador de la Falange -su idea de España, el patriotismo crítico, el dolor y la fe en España, el encuentro con el pueblo, la tarea en España-, lamentablemente quedan fuera de la Antología horizontes de su pensamiento tan importantes como su visión de la crisis del orden liberal o las líneas maestras de su sentir humanísimo, de su estilo vital. Aspectos todos éstos que son decisivos para una visión correcta del total discurso político y humano de José Antonio.

Es ésta, pues, una Antología limitada que ofrece sólo un fragmento -acaso el más conocido, pero no el más importante- de la obra entera de José Antonio.

Quede para otra ocasión, que deseamos próxima y creemos necesaria, la aparición sistematizada de toda la obra.

Madrid, octubre de 1965.

ADRIANO GOMEZ MOLINA

# I. ESPAÑA

Terra entre mars, Iberia, mate aimada,  
tots els teus fills te fem la gran cangó.  
En cada platja fa son cat l'onada  
mes terra endins se sent un sol ressó,  
que de l'un cap a l'altre a amor convida

i es va tornant un cant germanor;  
Iberia! Iberia! et ve dels mars la vida  
Iberia! Iberia! dona als mars l'amor.

J. M.

## IDEA DE LA PATRIA

Ensayo sobre el nacionalismo

### La tesis romántica de nación

Aquella fe romántica en la bondad nativa de los hombres fue hermana mayor de otra fe en la bondad nativa de los pueblos. «El hombre ha nacido libre, y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado», dijo Rousseau. Era, por consecuencia, ideal rousseauiano devolver al hombre su libertad e ingenuidad nativas; desmontar hasta el límite posible toda la máquina social que para Rousseau había operado de corruptora. Sobre la misma línea llegaba a formularse, años después, la tesis romántica de las nacionalidades. Igual que la sociedad era cadena de los libres y buenos individuos, las arquitecturas históricas eran opresión de los pueblos espontáneos y libres. Tanta prisa como libertar a los individuos corría libertar a los pueblos.

Mirada de cerca, la tesis romántica iba encaminada a la descalificación; esto es, a la supresión de todo lo añadido por el esfuerzo (Derecho e Historia) a las entidades primarias, individuo y pueblo. El Derecho había transformado al individuo en persona; la Historia había transformado al pueblo en polis, en régimen de Estado. El individuo es, respecto de la persona, lo que el pueblo respecto de la sociedad política. Para la tesis romántica urgía regresar a lo primario, a lo espontáneo, tanto en un caso como en el otro.

### El individuo y la persona

El Derecho necesita, como presupuesto de existencia, la pluralidad orgánica de los individuos. El único habitante de una isla no es titular de ningún derecho ni sujeto de ninguna jurídica obligación. Su actividad sólo estará limitada por el alcance de sus propias fuerzas. Cuando más, si acaso, por el sentido moral de que disponga. Pero en cuanto al derecho, no es ni siquiera imaginable en situación así. El Derecho envuelve siempre la facultad de exigir algo; sólo hay derecho frente a un deber correlativo; toda cuestión de derecho no es sino una cuestión de límites entre las actividades de dos o varios sujetos. Por eso el Derecho presupone la convivencia; esto es, un sistema de normas condicionantes de la actividad vital de los individuos.

De ahí que el individuo, pura y simplemente, no sea el sujeto de las relaciones jurídicas; el individuo no es sino el substratum físico, biológico, con que el Derecho se encuentra para montar un sistema de relaciones reguladas. La verdadera unidad jurídica es la persona; esto es, el individuo, considerado, no en su calidad vital, sino como portador activo o pasivo de las relaciones sociales que el Derecho regula; como capaz de exigir, de ser compelido, de atacar y de transgredir.

### **Lo nativo y la nación**

De análoga manera, el pueblo, en su forma espontánea, no es sino el substratum de la sociedad política. Desde aquí, para entenderse, conviene usar ya la palabra nación, significando con ella precisamente eso la sociedad política capaz de hallar en el Estado su máquina operante. Y con ello queda precisado el tema del presente trabajo: esclarecer qué es la nación: si la realidad espontánea de un pueblo, como piensan los nacionalistas románticos, o si algo que no se determina por los caracteres nativos.

El romanticismo era afecto a la naturalidad. La vuelta a la Naturaleza fue su consigna. Con esto, la nación vino a identificarse con lo nativo. Lo que determinaba una nación eran los caracteres étnicos, lingüísticos, topográficos, climatológicos. En último extremo, la comunidad de usos, costumbres y tradición; pero tomada la tradición poco más que como el recuerdo de los mismos usos reiterados, no como referencia a un proceso histórico que fuera como una situación de partida hacia un punto de llegada tal vez inasequible.

Los nacionalismos más peligrosos, por lo disgregadores, son los que han entendido la nación de esta manera. Como se acepte que la nación está determinada por lo espontáneo, los nacionalismos particularistas ganan una posición inexpugnable. No cabe duda de que lo espontáneo les da la razón. Así es tan fácil de sentir el patriotismo local. Así se encienden tan pronto los pueblos en el frenesí jubiloso de sus cantos, de sus fiestas, de su tierra. Hay en todo eso como una llamada sensual, que se percibe hasta en el aroma del suelo: una corriente física, primitiva y encandilante, algo parecido a la embriaguez y a la plenitud de las plantas en la época de la fecundación.

### **Torpe política**

A esa condición rústica y primaria deben los nacionalismos de tipo romántico su extrema vidriosidad.

Nada irrita más a los hombres y a los pueblos que el ver estorbos en el camino de sus movimientos elementales: el hambre y el celo -apetitos de análoga jerarquía a la llamada oscura de la tierra son capaces, contrariados, de desencadenar las tragedias más graves. Por eso es torpe sobremanera oponer a los nacionalismos románticos actitudes románticas, suscitar sentimientos contra sentimientos. En el terreno afectivo, nada es tan fuerte como el nacionalismo local, precisamente por ser el más primario y asequible a todas las sensibilidades. Y, en cambio, cualquier tendencia a combatirlo por el camino del sentimiento envuelve el peligro de herir las fibras más profundas -por más elementales- del espíritu popular, y encrespar reacciones violentas contra aquello mismo que pretendió hacerse querer.

De esto tenemos ejemplo en España. Los nacionalismos locales, hábilmente, han puesto en juego resortes primarios de los pueblos donde se han producido: la tierra, la música, la lengua, los viejos usos campesinos, el recuerdo familiar de los mayores... Una actitud perfectamente inhábil ha querido cortar el exclusivismo nacionalista, hiriendo esos mismos resortes; algunos han acudido, por ejemplo, a la burla contra aquellas manifestaciones elementales; así los que han ridiculizado por brusca la lengua catalana.

No es posible imaginar política más tosca: cuando se ofende uno de esos sentimientos primarios instalados en lo profundo de la espontaneidad de un pueblo, la reacción elemental en contra es inevitable, aun por parte de los menos ganados por el espíritu nacionalista. Casi se trata de un fenómeno biológico.

Pero no es mucho más aguda la actitud de los que se han esforzado en despertar directamente, frente al sentimiento patriótico localista, el mero sentimiento patriótico unitario. Sentimiento por sentimiento, el más simple puede en todo caso más. Descender con el patriotismo unitario al terreno de lo afectivo es prestarse a llevar las de perder, porque el tirón de la tierra, perceptible por una sensibilidad casi vegetal, es más intenso cuanto más próximo.

### **El destino en lo universal**

¿Cómo, pues, revivificar el patriotismo de las grandes unidades heterogéneas? Nada menos que revisando el concepto de «nación», para construirlo sobre otras bases. Y aquí puede servirnos de pauta lo que se dijo respecto de la diferencia entre «individuo» y «persona». Así como la persona es el individuo considerado en función de sociedad, la nación es el pueblo considerado en función de universalidad.

La persona no lo es en cuanto rubia o morena, alta o baja, dotada de esta lengua o de la otra, sino en cuanto portadora de tales o cuales relaciones sociales reguladas. No se es persona sino en cuanto se es otro; es decir, uno frente a los otros, posible acreedor o deudor respecto de otros, titular de posiciones que no son las de los otros. La personalidad, pues, no se determina desde dentro, por ser agregados de células, sino desde fuera, por ser portador de relaciones. Del mismo modo, un pueblo no es nación por ninguna suerte de justificaciones físicas, colores o sabores locales, sino por ser otro en lo universal; es decir, por tener un destino que no es de las otras naciones. Así, no todo pueblo ni todo agregado de pueblos es una nación, sino sólo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal.

De aquí que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico.

Los tiempos clásicos vieron esto con su claridad acostumbrada. Por eso no usaron nunca las palabras «patria» y «nación» en el sentido romántico, ni clavaron las anclas del patriotismo en el oscuro amor a la tierra. Antes bien, prefirieron las expresiones como «Imperio» o «servicio del rey»; es decir, las expresiones alusivas al «instrumento histórico». La palabra «España», que es por sí mismo enunciado de una empresa, siempre tendrá mucho más sentido que la frase «nación española». Y en Inglaterra, que es acaso el país de patriotismo más clásico, no sólo no existe el vocablo «patria», sino que muy pocos son capaces de separar la palabra King (rey), símbolo de la unidad operante en la Historia, de la palabra country, referente al soporte territorial de la unidad misma.

### **Lo espontáneo y lo difícil**

Llegamos al final del camino. Sólo el nacionalismo de la nación entendida así puede superar el efecto disgregador de los nacionalismos locales. Hay que reconocer todo lo que éstos tienen de auténticos; pero hay que suscitar frente a ellos un movimiento enérgico, de aspiración al nacionalismo misional, el que concibe a la Patria como unidad histórica del destino.

Claro está que esta suerte de patriotismo es más difícil de sentir; pero en su dificultad está su grandeza. Toda existencia humana -de individuo o de pueblo- es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo difícil. Por lo mismo que el patriotismo de la tierra nativa se siente sin esfuerzo, y hasta con una sensualidad venenosa, es bella empresa humana desenlazarse de él y superarlo en el patriotismo de la misión inteligente y dura. Tal será la tarea de un nuevo nacionalismo reemplazar el débil intento de combatir movimientos románticos con armas románticas, por la firmeza de levantar contra desbordamientos románticos firmes reductos clásicos, inexpugnables. Emplazar los soportes del patriotismo, no en lo afectivo, sino en lo intelectual. Hacer del patriotismo no un vago sentimiento, que cualquiera veleidad marchita, sino una verdad tan incommovible como las verdades matemáticas.

No por ello se quedará el patriotismo en árido producto intelectual. Las posiciones espirituales ganadas así, en la lucha heroica contra lo espontáneo, son las que luego se

instalan más hondamente en nuestra autenticidad. Por ejemplo, el amor a los padres, cuando ya hemos pasado de la edad en que los necesitamos, es, probablemente, de origen artificial, conquista de una rudimentaria cultura sobre la barbarie originaria. En estado de pura animalidad, la relación paterno-filial no existe desde que los hijos pueden valerse. Las costumbres de muchos pueblos primitivos autorizaban a que los hijos matasen a los padres cuando éstos ya eran, por viejos, pura carga económica. Sin embargo, ahora, la veneración a los padres está tan clavada en nosotros que nos parece como si fuera el más espontáneo de los afectos. Tal es, entre otras, la dulce recompensa que se gana con el esfuerzo por mejorar; si se pierden goces elementales, se encuentran, al final del camino, otros tan caros y tan intensos que hasta invaden el ámbito de los viejos afectos, extirpados al comenzar la empresa superadora. El corazón tiene sus razones, que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón. (O. C., págs. 211-216, 16 abr. 34.)

La Patria es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis invisible, con fines propios que cumplir... (O. C., pág. 66, 29 oct. 33.)

Dos cosas forman una patria; como asiento físico, una comunidad humana de existencia; como vínculo espiritual, un destino común. España carece de las dos cosas. (O. C., pág. 433, 21 mar. 35.)

Nadie es uno sino cuando pueden existir otros. No es nuestra interna armadura Física lo que nos hace ser personas, sino la existencia de otros de los que el ser personas nos diferencia. Esto pasa a los pueblos, a las naciones. La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística; es sencillamente una unidad histórica. Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra sólo es nación si lo es en función de universalidad, si cumple un destino propio en la Historia; un destino que no es el de los demás. Siempre los demás son quienes nos dicen que somos uno.

En la convivencia de los hombres, soy el que no es ninguno de los otros. En la convivencia universal, es cada nación lo que no son las otras. Por eso las naciones se determinan desde fuera; se las conoce desde los contornos en que cumplen su propio, diferente, universal destino. (O. C., págs. 99-100, 7 dic. 33.)

La Patria es el único destino colectivo posible. Si lo reducimos a algo más pequeño, a la casa, al terruño, entonces nos quedamos con una relación casi física; si lo extendemos al universo, nos perdemos en una vaguedad inasequible. La Patria es, justamente, lo que configura sobre una base física una diferenciación en lo universal; la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal el destino de todo un pueblo; es, como decimos nosotros siempre, una unidad de destino en lo universal. (O. C., pág. 507, 9 abr. 35.)

Nosotros colocamos una norma de todos nuestros hechos por encima de los intereses de los partidos y de las clases. Nosotros colocamos esa norma, y ahí está lo más profundo de nuestro movimiento, en la idea de una total integridad de destino que se llama la Patria. Con ese concepto de la Patria, servida por el instrumento de un Estado fuerte, no dócil a una clase ni a un partido, el interés que triunfa es el de la integración de todos en aquella unidad, no el momentáneo interés de los vencedores. (O. C., pág. 195, 4 mar. 34.)

Queremos que la Patria se entienda como realidad armoniosa e indivisible, superior a las pugnas de los individuos, las clases, los partidos y las diferencias naturales. (O. C., pág. 842, 16 ene. 36.)

## **ESPAÑA COMO PATRIA**

Para nosotros, nuestra España es nuestra Patria, no porque nos sostenga y haya hecho nacer, sino porque ha cumplido en la Historia los tres o cuatro destinos trascendentales que caracterizan la historia del mundo. (O. C., pág. 416, 10 feb. 35.)

La Patria es para nosotros, ya lo habéis oído aquí, una unidad de destino; la Patria no es el soporte físico de nuestra cuna; por haber sostenido a nuestra cuna no sería la Patria lo bastante para que nosotros la enaltecieramos, porque por mucha que sea nuestra vanidad, hay que reconocer que ha habido patrias que han conocido cunas mejores que la vuestra y la mía. No es esto: la Patria no es nuestro centro espiritual por ser la nuestra, por ser físicamente la nuestra, sino porque hemos tenido la suerte incomparable de nacer en una Patria que se llama precisamente España, que ha cumplido un gran destino en lo universal y puede seguir cumpliéndolo. (O. C., pág. 720, 17 nov. 35.)

... España, que no es Castilla frente a Vasconia, sino que es Vasconia con Castilla y con todos los demás pueblos que integraron España, sí que cumplió un destino en lo universal, y se justificó en un destino con lo universal, y halló una providencia tan diligente para abastecerla de destino universal, que aquel mismo año de 1492 en que logró España acabar la empresa universal de desislamizarse, encontró la empresa universal de descubrir y conquistar un mundo. (O. C., página 181, 28 feb. 34.)

Falange Española cree resueltamente en España. España NO ES un territorio.

Ni un agregado de hombres y mujeres.

España es, ante todo, UNA UNIDAD DE DESTINO.

Una realidad histórica.

Una entidad, verdadera en sí misma, que supo cumplir -y aún tendrá que cumplir- misiones universales.

Por tanto, España existe:

1.º Como algo **DISTINTO** a cada uno de los individuos y de las clases y de los grupos que la integran.

2.º Como algo **SUPERIOR** a cada uno de esos individuos, clases y grupos y aún al conjunto de todos ellos.

Luego España, que existe como realidad distinta y superior, ha de tener sus fines propios.

Son esos fines:

1.º La permanencia en su unidad.

2.º El resurgimiento de su vitalidad interna.

3.º La participación, con voz preeminente, en las empresas espirituales del mundo. (O. C., pág. 85, 7 dic. 33.)

España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos. (O. C., pág. 339, nov. 34.)

Vosotros ya sabéis cómo entendemos nosotros a España. España no es sólo esta tierra; para los más, escenario de un hambre de siglos. España no es nuestra sangre, porque España tuvo el acierto de unir en una misma gloria a muchas sangres distintas. España no es siquiera este tiempo, ni el tiempo de nuestros padres, ni el tiempo de nuestros hijos; España es una unidad de destino en lo universal. Esto es lo importante. Eso que nos une a todos y unió a nuestros abuelos y unirá a nuestros descendientes en el cumplimiento de un mismo gran destino en la Historia. Y España no será nada mientras no recobre la conciencia y el ímpetu de esa unidad perdida. (O. C., página 795, 22 dic. 35.)

... lo que nos enlaza es la unidad de destino, y si todos nos empeñamos en que España no tenga unidad de destino, ¿en qué vamos a asegurar la permanencia de España? ¡Esto sí que tendríamos que hacerlo antes de meternos a dar estatutos! ¡Dar a España una gran empresa, un gran rumbo histórico! (O. C., págs. 388-389, 30 nov. 34.)

Hemos empezado por preguntarnos qué es España. ¿Quién la vio antes que nosotros como unidad de destino?... Este concepto... recoge y explica todo lo inmanente y lo trascendente de España; cómo abraza, por ejemplo, en una superior armonía, la diversidad regional, tan peligrosa en manos de los nacionalistas disolventes como de la gruesa patriotería de charanga. Así, empezando por preguntarnos qué es España, nos forjamos todos un sistema poético y preciso que tiene la virtud, como todos los sistemas completos, de iluminar cualquiera cuestión circunstancial. (O. C., pág. 914, abr. 36.)

... la España que acaso no existe físicamente, pero que existe en lo eterno, como las verdades matemáticas, y que volverá a proyectarse en la Historia. (T. 1., pág. 208, 6 may. 34.)

Si España fuese un conjunto de cosas melancólicas, faltas de justicia y de aliento histórico, pediría que me extendieran la carta de ciudadano abisinio; yo no tendría nada que ver con esta España. (O. C., página 858, 26 ene. 36.)

## **UNIDAD Y VARIEDAD DE ESPAÑA**

La Falange sabe muy bien que España es varia, y eso no le importa. Justamente por eso ha tenido España, desde sus orígenes, vocación de Imperio. España es varia y es plural, pero sus pueblos varios, con sus lenguas, con sus usos, con sus características, están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal. No importa nada que se aflojen los lazos administrativos; mas con una condición: con la de que aquella tierra a la que se dé más holgura tenga tan afianzada en su alma la conciencia de la unidad de destino que no vaya a usar jamás de esa holgura para conspirar contra aquélla. (O. C., página 564, 19 may. 35.)

España es así, ha sido varia, y su variedad no se opuso nunca a su grandeza; pero lo que tenemos que examinar en cada caso, cuando avancemos hacia esta variedad legislativa, es si está bien sentada la base inconfundible de lo que forma la nacionalidad española; es decir, si está bien asentada la conciencia de la unidad de destino. Esto es lo que importa, y es muy importante repetirlo una y muchas veces, porque en este mismo salón se ha expuesto, desde distintos sitios, una doctrina de las autonomías que yo reputo temerarias. Se ha dicho que la autonomía viene a ser un reconocimiento de la personalidad de una región; que se gana la autonomía precisamente por las regiones más diferenciadas, por las regiones que han alcanzado la mayoría de edad, por las regiones que presentan caracteres más típicos; yo agradecería -y creo que España nos lo agradecería también a todos- que meditásemos sobre esto: si damos las autonomías como premio de una diferenciación, corremos el riesgo gravísimo de que esa misma autonomía sea estímulo para ahondar la diferenciación. Si se gana la autonomía distinguiéndose con caracteres muy hondos del resto de las tierras de

España, corremos el riesgo de que al entregar la autonomía invitemos a ahondar esas diferencias con el resto de las tierras de España. Por eso entiendo que cuando una región solicita la autonomía, en vez de inquirir si tiene las características propias más o menos marcadas, lo que tenemos que inquirir es hasta qué punto está arraigada en su espíritu la conciencia de unidad de destino; que si la conciencia de unidad de destino está bien arraigada en el alma colectiva de una región, apenas ofrece ningún peligro que demos libertades a esa región para que, de un modo o de otro, organice su vida interna. (O. C., págs. 384-385, 30 nov. 34.)

... porque España es más que una forma constitucional; porque España es más que una circunstancia histórica: porque España no puede ser nunca nada que se oponga al conjunto de sus tierras y cada una de sus tierras...

... porque nosotros entendemos que una nación no es meramente el atractivo de la tierra donde nacimos, no es esa emoción directa y sentimental que sentimos todos en la proximidad de nuestro terruño, sino que una nación es una unidad en lo universal, es el grado a que se remonta un pueblo cuando cumple un destino universal en la Historia. Por eso, porque España cumplió sus destinos universales cuando estuvieron juntos todos sus pueblos, porque España fue nación hacia fuera, que es como se es de veras nación, cuando los almirantes vascos recorrían los mares del mundo en las naves de Castilla, cuando los catalanes admirables conquistaban el Mediterráneo unidos en naves de Aragón, porque nosotros entendemos eso así, queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos tira la tierra, sino el patriotismo de la misión, el patriotismo de lo trascendental, el patriotismo de la gran España. (O. C., págs. 109-110, 4 ene. 34.)

El separatismo local es signo de decadencia, que surge cabalmente cuando se olvida que una Patria no es aquello inmediato, físico, que podemos percibir hasta en el estado más primitivo de espontaneidad. Que una Patria no es el sabor del agua de esta fuente, no es el color de la tierra de estos sotos: que una Patria es una misión en la Historia, una misión en lo universal. La vida de todos los pueblos es una lucha trágica entre lo espontáneo y lo histórico. Los pueblos en estado primitivo saben percibir casi vegetalmente las características de la tierra. Los pueblos, cuando superan este lado primitivo, saben ya que lo que los configuran no son las características terrenas, sino la misión que en lo universal los diferencia de los demás pueblos. Cuando se produce la época de decadencia de ese sentido de la misión universal, empiezan a florecer otra vez los separatismos, empieza otra vez la gente a volverse a su suelo, a su tierra, a su música, a su habla, y otra vez se pone en peligro esta gloriosa integridad, que fue la España de los grandes tiempos. (O. C., pág. 190, 4 mar. 34.)

En estas columnas, antes que en ningún sitio, y, fuera de aquí, por los más autorizados de los nuestros, se ha formulado la tesis de España como unidad de destino. Es decir, aquí no concebimos cicateramente a España como entidad física, como conjunto de atributos nativos (tierra, lengua, raza) en pugna vidriosa con cada hecho nativo local. Aquí no nos burlamos de la bella lengua catalana ni ofendemos con sospechas de mira mercantil los movimientos sentimentales -equivocados gravísimamente, pero sentimentales- de Cataluña. Lo que sostenemos aquí es que nada de eso puede justificar un nacionalismo, porque la nación no es una unidad física individualizada por sus accidentes orográficos, étnicos o lingüísticos, sino una entidad histórica, diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino.

España es la portadora de la unidad de destino, y no ninguno de los pueblos que la integran. España es, pues, la nación, y no ninguno de los pueblos que la integran. Cuando esos pueblos se reunieron, hallaron en lo universal la justificación histórica de su propia existencia. Por eso España, el conjunto, fue la nación. (O. C., pág. 285, 19 julio 34.)



Hay que devolver a España la convicción de sí misma. Tenemos que decir a los vascos que todas las proezas de sus marinos las realizaron pensando en España. A los catalanes, que todas sus expediciones al Oriente las hicieron para España como miembros de la Corona de Aragón. (T. 1., pág. 148, 5 nov. 33.)

## LOS SEPARATISMOS

El nacionalismo eleva las características nativas (lenguas, costumbres, paisajes) a esencias nacionales. Se empeña en considerar que son las características nativas de lo que constituye una nación. Y no es eso: las naciones son aquellas unidades, de composición más o menos varia, que han cumplido un destino universal en la Historia. Y entendida España así, no puede haber roce entre el amor a la tierra nativa, con todas sus particularidades, y el amor a la Patria común, con lo que tiene la unidad de destino. Ni esta unidad habrá de descender a abolir caracteres locales, como ser, tradiciones, lenguas, derecho consuetudinario, ni para amar estas características locales habrá que volverse de espaldas -como hacen los nacionalistas- a las glorias del destino común. ¿Qué amor al pueblo vasco es el de esos nacionalistas que colocan el apego a la tierra sobre el orgullo de los nombres vascos que hicieron retumbar el mundo con sus empresas bajo el signo de España? (T. 1., pág. 225, 15 ago. 34.)

Un pueblo es total pueblo cuando ha entrado en la labor universal. Y mientras esto no acontezca, aquel pueblo está sumido en la Prehistoria, en lo instructivo. Ahora bien, mirad cómo el pueblo vasco pasó casi inmediatamente de su vida primitiva a una alta vida universal. ¿Y a qué se debió tan importante suceso? ¿De quién recibió el espaldarazo? Lo recibió en el mismo instante que se integró en la unidad de España. Por esto no quieren al pueblo vasco los que le quieren encerrar en sus bailes y en sus músicas. Toda su grandeza está en su unión a España, y, por tanto, camaradas, convoquemos al pueblo vasco a esta gran empresa española de todos nuestros anhelos y que las clásicas caras aguileñas de los hombres del Norte asomen por la borda de los gloriosos navíos españoles. (T. 1, pág. 257, 5 ene. 35.)

Acaso siglos antes de que Colón tropezara con las costas de América pescaron gentes vascas en los bancos de Terranova. Pero los hombres de aquellos precursores posibles se esfumaron en la niebla del tiempo. Cuando empieza a resonar por los vientos del mundo las eles y las zetas de los nombres vascos es cuando los hombres que las llevan salen a bordo de las naves imperiales de España. En la ruta de España se encuentran los vascos a sí mismos. Aquella raza espléndida, de bellas musculaturas sin empleo y remotos descubrimientos sin gloria, halla su auténtico destino al bautizar con nombres castellanos las tierras que alumbró y transportar barcos en hombros, de mar a mar, sobre espinazos de cordilleras.

Nadie es uno sino cuando pueden existir otros. No es nuestra interna armadura física lo que nos hace ser personas, sino la existencia de otros de los que el ser personas nos diferencia. Esto pasa a los pueblos, a las naciones. La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística; es sencillamente una unidad histórica. Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra sólo es nación si lo es en función de universalidad, si cumple un destino propio en la Historia; un destino que no es el de los demás. Siempre los demás son quienes nos dicen que somos uno.

En la convivencia de los hombres soy el que no es ninguno de los otros. En la convivencia universal, es cada nación lo que no son las otras. Por eso las naciones se determinan desde fuera, se las conoce desde los contornos en que cumplen un propio, diferente, universal destino.

Así es la nación España. Se dijera que su destino universal, el que iba a darle el toque mágico de nación, aguardaba el instante de verla unida. Las tres últimas décadas del quince asisten atónitas a los dos logros, que bastarían, por su tamaño, para llenar un siglo cada uno: apenas se cierra la desunión de los pueblos de España, se abren para España -allá van los almirantes vascos en naves de Castilla- todos los caminos del mundo.

Hoy parece que quiere desandarse la Historia. Euzkadi ha votado su estatuto. Tal vez lo tenga pronto. Euzkadi va por el camino de su libertad. ¿De su libertad? Piensen los vascos en que la vara de la universal predestinación no les tocó en la frente sino cuando fueron unos con los demás pueblos de España. Ni antes ni después, con llevar siglos y siglos hablando lengua propia y midiendo tantos grados de ángulo facial. Fueron nación (es decir, unidad de historia diferente de las demás) cuando España fue una nación. Ahora quieren escindirla en pedazos. Verán cómo les castiga el Dios de las batallas y de las navegaciones, a quien ofende, como el suicidio, la destrucción de las fuertes y bellas unidades. Los castigará a servidumbre, porque quisieron desordenadamente una falsa libertad. No serán nación (una en lo universal); serán pueblo sin destino en la Historia, condenado a labrar el terruño corto de horizontes, y acaso a atar las redes en otras tierras nuevas, sin darse cuenta de que descubre mundos. (O. C., págs. 99-100, 7 dic. 33.)

La vida del pueblo vasco, como la vida de todos los pueblos, es, simplemente, una pugna trágica entre lo espontáneo y lo histórico; una pugna entre lo nativo, entre aquello que somos capaces de percibir aun instintivamente, y lo artificial y difícil, lo ingentemente difícil, que es saber cumplir en la Historia un destino universal. Lo que a los pueblos los convierte en naciones no son tales o cuales características de raza, de lengua o de clima; lo que a un pueblo le da jerarquía de nación es haber cumplido una empresa universal; porque así como para ser personas y superar la cualidad nativa de individuo tenemos que ser otros, es decir, tenemos que ser distintos de los otros, tenemos que serlo en relación con los otros, para ser nación tenemos que serlo diferenciados en lo universal. Somos nación en tanto en cuanto acometemos y logramos una empresa que no es la empresa de las demás naciones.

Ahora bien, ¿ha sido unidad en lo universal el pueblo vasco? ¿Ha cumplido destino en lo universal el pueblo vasco? Esto es evidente que sí; el pueblo vasco ha dado al mundo una colección de almirantes que ellos solos son una gala para un pueblo entero; el pueblo vasco ha dado al mundo un genio universal como Ignacio de Loyola. Pero el pueblo vasco dio esos genios al mundo precisamente cuando encontró su signo de nación indestructible unido a Castilla. (O. C., pág. 180, 28 feb. 34.)

Cataluña es muchas cosas mucho más profundamente que un pueblo mercantil; Cataluña es un pueblo profusamente sentimental; el problema de Cataluña no es un problema de importación y exportación; es un problema difícilísimo de sentimientos.

Pero también es torpe la actitud de querer resolver el problema de Cataluña reputándolo de artificial. Yo no conozco manera más candorosa, y aún más estúpida, de ocultar la cabeza bajo el ala, que la de sostener, como hay quienes sostienen, que ni Cataluña tiene lengua propia, ni tiene costumbres propias, ni tiene historia propia, ni tiene nada. Si esto fuera así, naturalmente, no habría problema de Cataluña y no tendríamos que molestarnos ni en estudiarlo ni en resolverlo; pero no es eso lo que ocurre, señores, y todos lo sabemos muy bien. Cataluña existe en toda su individualidad, y si queremos conocer cómo es España, y si queremos dar una estructura a España, tenemos que arrancar de lo que España en realidad nos ofrece; y precisamente el negarlo, además de la torpeza que antes os decía, envuelve la de plantear el problema en el terreno más desfavorable para quienes pretenden defender la unidad de España, porque si nos obstinamos en negar que Cataluña y otras regiones tienen características propias es porque tácitamente reconocemos que en esas características se justifica la nacionalidad, y entonces tenemos el pleito perdido si se demuestra, como es evidentemente demostrable, que muchos pueblos de España tienen esas características. (O. C., págs. 383-384, 30 nov. 34.)

Tenía vivos deseos de presentarme en un acto de propaganda en Barcelona. Cataluña ha sido maltratada, tanto por los que se han esforzado en sustituir su sentido imperial como por la estupidez de los que, viendo sólo un fenómeno localista, han creado un separatismo local. Comprendo lo que ocurre a los catalanes y les aconsejo que se sobrepongan a su fuerza de

captación para pedir un puesto en la misión de destino en lo universal, que se llama España. (T. L, pág. 295, 30 mayo 35.)

Vosotros habitáis en una tierra que linda con otra donde brota la hierba del separatismo, la tierra hermana de Cataluña, la que nosotros queremos reintegrar a los destinos nacionales españoles. En presencia del proceso espiritual de Cataluña, que a muchos hizo alejarse del patriotismo por el camino atormentado del odio, la Falange hace saber que confía no en una unidad territorial o racial, sino en una gran unidad de destino. La labor de la Falange está en unir uno a uno todos los destinos de España. Pero a España hay que verla sobriamente, exactamente; mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios, como los intereses de los bancos o los dividendos de las grandes empresas. (O. C., pág. 857, 26 ene. 36.)

### **CATALANISMO Y BURGUESIA CAPITALISTA**

No olvidemos la Historia: el catalanismo nace políticamente cuando España pierde sus colonias; es decir, cuando los fabricantes barceloneses pierden sus mercados. No se oculta entonces a su pausada agudeza que es urgente conquistar el mercado interior. Tampoco se nos oculta que sus productos no pueden defenderse en una competencia puramente económica. Hay que imponerlos políticamente al resto de España. Y nada mejor para imponerlos que blandir un instrumento de amenaza al mismo tiempo que de negociación. Ese instrumento fue el catalanismo. Eso que antes era viejo poso sentimental, expresado en usos y bailes, fue sometido a un concienzudo cultivo de rencor. El alma popular catalana, fuerte y sencilla, fue llenándose de rencor. Aridos intelectuales compusieron un idioma de laboratorio sin más norma fija que la de quitar toda semejanza con el castellano. Cataluña llegó a estar crispada de hostilidad para con el resto de la Patria. Y esta crispación era invocada por sus hombres representativos en cuanto llegaba la hora de negociar un nuevo arancel. Los representantes de la burguesía catalana alquilaban sus buenos oficios apaciguadores del furor popular a cambio de obtener tarifas aduaneras más protectoras.

Este ha sido el tortuoso juego del catalanismo político durante treinta años. Lo que en Cataluña fermentaba como expresión de una milenaria melancolía popular, en Madrid se negociaba como un objeto de compraventa. El catalanismo era una especulación de la alta burguesía capitalista con la sentimentalidad de un pueblo.

### **TIERRA DE ESPAÑA**

Circula la leyenda de una Galicia débil y sentimental, y los que cultivan esa nota quieren inculcar en el pueblo el desmayo y la languidez que empieza ya a manifestarse en una tendencia contraria a la España única.

Vosotros, alejados de esa tendencia, sois la Galicia fuerte, la de los vinos también de fuertes soleras, como los caldos andaluces.

Quien la diga débil, olvida que de aquí salían sus hombres para América, donde, después de luchar por medio del trabajo, vuelven con grandes capitales; y vuelven al solar de origen, donde encuentran mujeres fuertes también, que a la fortaleza de su espíritu saben unir el sentimiento delicado que se refleja en los versos incomparables de vuestra Rosalía. (T. 1, pág. 43, 4 sep. 30.)

Tal vez sepas que he estado en Cáceres. He hecho, poco más o menos, tu recorrido: de Avila a Cáceres, aunque mi camino haya dado grandes rodeos. ¡Avila a Cáceres! Por primera vez me he dado cuenta, al acompañarte imaginariamente en el camino, de que ese trayecto es, tal vez, el eje de España. Por ahí trashumaban los ganados cuando España era todavía ganadera, que es cuando aprendió a ser descubridora y militar. (T. 1, pág. 470, 20 ene. 36.)

Tenemos mucho que aprender de esta tierra y de este cielo de Castilla los que vivimos a menudo apartados de ellos. Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas ni pormenores; la tierra absoluta, la tierra que no es el color local, ni el río, ni el lindero, ni el altozano. La tierra que no es, ni mucho menos, el agregado de unas cuantas fincas, ni el soporte de unos intereses agrarios para regateados en asambleas, sino que es la tierra; la tierra como depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes.

Y sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto.

El cielo tan azul, tan sin celajes, tan sin reflejos, verdosos de frondas terrenas, que se dijera que es casi blanco de puro azul. Y así Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca; ha tenido que aspirar, siempre, a ser Imperio. Castilla no ha podido entender lo local nunca; Castilla sólo ha podido entender lo universal, y por eso Castilla se niega a sí misma, no se fija en dónde concluye, tal vez porque no concluye, ni a lo ancho ni a lo alto. Así Castilla, esa tierra esmaltada de nombres maravillosos - Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres-, esta tierra de chancillería, de ferias y castillos, es decir, de justicia, milicia y comercio, nos hace entender cómo fue aquella España que no tenemos ya, y nos aprieta el corazón con la nostalgia de su ausencia. (O. C., páginas 189-190, 4 mar. 34.)

## **ENTRAÑA Y ESTILO**

Entraña y estilo, he ahí lo que compone a España.

.....

La tragedia de España acaso haya consistido en que sus entrañas y su estilo fueron separados por la capa falsa, chabacana, decadente, de lo «castizo». Lo «castizo» no es lo popular. Es popular, ritual y profunda, como decía Rafael Sánchez Mazas, la tradición de natalicios, lunas de miel, hogares e instituciones que este café de San Isidro y esta calle de Toledo nos recuerdan; pero no es popular aquel Madrid de Fornos y la cuarta de Apolo, ni aquel provincianismo de tute y achicoria y ese cante flamenco que se pronuncia en andaluz y ha sido inventado entre Madrid y San Martín de Valdeiglesias. (O. C., págs. 417-418, 24 feb. 35.)

Estas dos cosas [la firmeza del estilo y el sentido imperial en la conducta] son las que han hecho grande a España en sus tiempos de gloria. Cuando han faltado, como ahora, al país le entró un tedio insoportable, una desgana pesimista, que se metió por las rendijas de su alma, haciendo dudar de su destino a un pueblo tan magnífico como el español. Ahora está ocurriendo eso, y de ahí que hayamos venido nosotros para recobrar al servicio de España su estilo impecable y su ímpetu imperial. (O. C., pág. 413, 10 feb. 35.)

## **ESPAÑA ES IRREVOCABLE**

España es irrevocable. Los españoles podrán decidir acerca de cosas secundarias; pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España no es nuestra, como objeto patrimonial; nuestra generación no es dueña absoluta de España: la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que la sucedan. Si aprovechara este momento de su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, nuestra generación cometería para con las siguientes el más abusivo fraude, la más alevosa traición que es posible imaginar.

Las naciones no son contratos, rescindibles por la voluntad de quienes los otorgan: son fundaciones, con sustantividad propia, no dependientes de la voluntad de pocos ni de muchos. (O. C., pág. 286, 19 julio 34.)

## **PECULIARIDAD DE ESPAÑA**

Estamos precisamente convencidos de que España, aunque no sea ni mejor ni peor que las demás naciones, desde luego es distinta. Tiene características muy acusadas, que es preciso respetar si no se quiere ir al fracaso, pero sería necio el luchar contra la naturaleza. Por otra parte, la tradición española es demasiado fuerte y rica, y nosotros no vamos a cometer el desatino de desaprovechar esas existencias y lecciones de la tradición. Nuestro país ha vivido anteriormente muchas experiencias sociales, políticas y económicas que hoy en el mundo empiezan a reivindicarse. Tenemos en nuestra Historia ejemplos de legislación agraria y ganadera que puede hoy mismo aplicarse con feliz eficacia, así como la organización por gremios y oficios, y los fueros municipales, y los montes y bienes comunales, y la "mesta", y tantas otras costumbres que nacieron y prosperaron a impulso de la necesidad propia y características de la raza. En fin, pretendemos ser «muy antiguos, y muy modernos»... Creo que es una aspiración muy legítima y fácil de comprender. (T. I., pág. 262, 9 ene. 35.)

## **ESPAÑA, PERMANENTE QUEHACER**

Una nación es siempre un quehacer, y España de singular manera. O la ejecutora de un destino en lo universal o la víctima de un rápido proceso de disgregación. ¿Qué quehacer, qué destino en lo universal asignan a España los que entienden sus horas decisivas con criterio de ave doméstica bajo la amenaza del gavilán? (O. C., págs. 839-840, 16 enero 36.)

España tiene el destino de no poder dormirse para poder ser una nación. Es algo gloriosamente trágico. España necesita resolver el sentido de su destino, unir en una ambición común y en un esfuerzo nacional la variedad disgregatoria de los pueblos que la forman. (U. H., páginas 74-75, 13 ago. 34.)

## **JUSTIFICACION DE ESPAÑA**

Por eso soy de los que creen que la justificación de España está en una cosa distinta; que España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal; que España es mucho más que una raza y es mucho más que una lengua, porque es algo que se expresa de un modo del que estoy cada vez más satisfecho, porque es una unidad de destino en lo universal. (O. C., pág. 384, 30 nov. 34.)

## **GLORIA DE ESPAÑA**

... el Imperio español jamás fue racista; su inmensa gloria estuvo en incorporar a los hombres de todas las razas a una común empresa de salvación. (T. 1, pág. 141, 23 oct. 33.)

... España tuvo el acierto de unir en una misma gloria a muchas sangres distintas. (O. C., pág. 795, 22 dic. 35.)

Explica cómo nuestro Imperio ha de ser preferentemente espiritual, pues hoy todas las tierras del mundo tienen dueño y toda conquista sería un expolio y un robo a la vez. Pero que el terreno del espíritu no está acotado, y de ahí sí cabe llevar las conquistas al máximo y organizarse, perfeccionarse y elevarse sobre los demás e imperar incluso sobre ellos. (U. H., pág. 93, 17 mar. 35.)

Por su sentido de CATOLICIDAD, de UNIVERSALIDAD, ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación. (O. C., página 92, 7 dic. 33.)

## **REPUDIO DEL NACIONALISMO**

Por eso nosotros nos sentimos unidos indestructiblemente a España, porque queremos participar en su destino; y no somos nacionalistas, porque ser nacionalistas es una pura sandez; es implantar los resortes espirituales más hondos sobre un motivo físico, sobre una mera circunstancia física; nosotros no somos nacionalistas, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos; somos, ya lo dije en Salamanca otra vez somos españoles, que es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo. (O. C., pág. 720, 17 nov. 35.)

Por eso no podemos ser nacionalistas a la manera estrecha y mezquina de esos nacionalismos pequeños que representan un retorno a la prehistoria. (O. C., pág. 416, 10 feb. 35.)

## **AMBICION HISTORICA**

Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su Historia. (O. C., pág. 67, 29 oct. 33.)

La Patria es una misión. Si situamos la idea de Patria en una preocupación territorial o étnica, nos exponemos a sentirnos perdidos en un particularismo o regionalismo infecundo. La Patria tiene que ser una misión. No hay continentes ya por conquistar, es cierto, y no puede haber ilusiones de conquista. Pero va caducando ya en lo internacional la idea democrática que brindó la Sociedad de las Naciones. El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de estas tres o cuatro. Está situada en una clave geográfica importantísima, y tiene un contenido espiritual que le puede hacer aspirar a uno de esos puestos de mando. Y eso es lo que puede propugnarse. No ser un país medianía; porque o se es un país inmenso que cumple una misión universal, o se es un pueblo degradado y sin sentido. A España hay que devolverle la ambición de ser un país director del mundo. (O. C., pág. 165, 16 feb. 34.)

Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera. (O. C., pág. 339, nov. 34.)

Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales. (O. C., pág. 339, nov. 34.)

América es, para España, no sólo la anchura del mundo mejor abierta a su influencia cultural, sino, como dicen los puntos iniciales de la Falange, uno de los mejores títulos que puede alegar España para reclamar un puesto preeminente en Europa y en el mundo. Todo esfuerzo por mantener tensos los hilos en comunicación con América deberían parecernos escasos, sobre todo cuando la influencia española riñe allá con la competencia de tantos influjos organizados e inteligentes. (O. C., página 527, 18 abr. 35.)

Tenemos que esperar en una España que otra vez impere. Ya no hay tierras que conquistar, pero sí hay que conquistar para España la rectoría en las empresas universales del espíritu. Pensad que esta tierra de Toledo asentó en otros días la capital del mundo; que desde aquí, desde esta Castilla que nunca ha visto el mar, se trazaban las rutas del océano y se promulgaban leyes para continentes lejanos. (O. C., página 177, 25 feb. 34.)

Por el [postulado nacional] se aspira a potenciar el valor nacional de España, no con el criterio de idolatría de las entidades naturales que informan a los partidos nacionalistas, sino con el criterio que aspira a perpetuar en España la representación histórica de un sentido universal de la vida, que es lo que se expresó más tarde con la palabra «Imperio», vocablo doctrinalmente alusivo a toda aspiración política de alcance y validez universal. (F. a F., pág. 168, 17 nov. 36.)

## **ESPAÑA LIMPIA, ALEGRE Y FALDICORTA**

Queremos que se nos devuelva el alegre orgullo de tener una Patria. Una Patria exacta, ligera, emprendedora, limpia de chafarrinones zarzueleros y de muchas roñas consuetudinarias. No una Patria para ensalzada en gruesas efusiones, sino para entendida y sentida como ejecutora de un gran destino. (O. C., pág. 841, 16 ene. 36.)

La Falange quiere una España alegre y faldicorta. (José Antonio. Biografía, F. X. de Sandoval, 2.a ed., pág. 601.)

## **ESPAÑA: NO INVOCAR SU NOMBRE EN VANO**

Pero a España hay que verla sobriamente, exactamente; mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios, como lo intereses de los bancos o los dividendos de las grandes empresas. (O. C., pág. 857, 26 ene. 36.)

Cuando hablamos de la Patria, no hay en nuestra boca una bandera contrabandista más; ya sabéis para cuántas cosas se emplea el nombre de la Patria. (O. C., pág. 856, 26 ene. 36.)

España, no como vana invocación de falsas cosas hinchadas, sino como expresión entera de un contenido espiritual y humano: la Patria, el pan y la justicia. (O. C., pág. 841, 16 ene. 36.)

La bandera de lo nacional no se tremola para encubrir la mercancía del hambre. Millones de españoles la padecen y es de primera urgencia remediarla. Para ello habrá que lanzar a toda máquina la gran tarea de la reconstrucción nacional. (O. C., pág. 928, 4 may. 36.)

Frente a la antipatria, hecha mito actuante, no puede alzarse más que la empresa limpia de la Patria. La Patria sin segunda idea, con todo lo que tiene de directamente atractivo, pero, justamente, con todo lo que exige de abnegado. La Patria de todos, no la de los privilegiados. La Patria fuerte y unida y militante y justa. La que soñamos para el esfuerzo y para la muerte los que formamos la Falange. (T. 1., página 197, 22 feb. 34.)

No se puede ensalzar a la Patria y sentirse exento de sus sacrificios y de sus angustias; no se puede invitar a un pueblo a que se enardezca con el amor a la Patria si la Patria no es más que la sujeción a la tierra donde venimos padeciendo desde siglos. No se puede invocar a la Patria y gritarnos ahora, en la ocasión difícil: «¡Que se nos hunde la Patria! ¡Que perdemos los mejores valores espirituales!», cuando quienes lo dicen nos han puesto en esta coyuntura, en este inminente peligro, por no votar un aumento de impuestos sobre los bancos y las grandes fortunas. (O. C., pág. 796, 22 dic. 35.)

## **ESPAÑA: DE TODOS Y PARA TODOS**

La España que propugnamos no será de la clase más fuerte. Será la de todos. Y en ella no se podrá ir a los jornales de hambre ni a la holganza. (T. 1., pág. 148, 5 nov. 33.)

Hay quienes suponen que el movimiento nuestro es un ataque; que luchamos porque la burguesía se encuentra en peligro y tenemos que defenderla, pero no; lo que queremos es que todos los del pueblo participemos de nuestra Patria grande, de nuestra Patria noble, de nuestra Patria única, y que con nuestro esfuerzo podamos sacarla a flote, corriendo todos la misma suerte, a semejanza de los que caminan en un barco, que, si éste naufraga, pierden todos la vida, y si alguno consiguiese llegar a puerto seguro, todos llegarán con él a ese puerto seguro.

A eso venimos nosotros. A devolveros la fe para esta empresa común en que todos somos lo mismo. (O. C., pág. 153, 4 feb. 34.)

Pensad que la Patria es un gran barco donde todos debemos remar, porque juntos nos hemos de salvar o juntos pereceremos. (O. C., página 883, 8 feb. 36.)

Entonces, estad seguros, por ejemplo, los obreros, de que no serían sojuzgados por la tiranía de los ricos que ofrecen condiciones duras diciéndoos que os elevan a la redención, porque esa España, nuestra España única, nos dirá a cada cual nuestro deber y nuestro sacrificio, y en nombre de España se gobernará, no para la clase más fuerte ni para el partido mejor organizado, sino para todos los españoles, y hemos de salvarnos juntos o hemos de perecer juntos. (O. C., págs. 76-77, 12 nov. 33.)

La revolución hemos de hacerla todos juntos, y así nos traerá la libertad de todos, no la de la clase o la del partido triunfante: nos hará libres a todos al hacer libre y grande y fuerte a España. Nos hará hermanos al repartir entre todos la prosperidad y las adversidades, porque no estaremos unidos en la misma hermandad mientras unos cuantos tengan el privilegio de poder desentenderse de los padecimientos de los otros. (O. C., pág. 177, 25 feb. 34.)

Nuestro triunfo no será el de un grupo reaccionario, ni representará para el pueblo la pérdida de ninguna ventaja: al contrario: nuestra obra será una obra nacional, que sabrá elevar las condiciones de vida del pueblo -verdaderamente espantosas en algunas regiones- y le hará participar en el orgullo de un gran destino recobrado. (O. C., página 952, 17 jul. 36.)

No hay más que un camino: nada de derechas ni de izquierdas; nada de partidos: un gran movimiento nacional, esperanzado y enérgico, que se proponga como meta la realización de una España grande, libre y unida. De una España para todos los españoles, ni mediatizada por poderes extranjeros, ni dominada por el partido o la clase más fuerte.

Hace falta un movimiento nacional nutrido, además, del viejo temple heroico de España. Un gran movimiento que no tolere las provocaciones de insolencia roja ni asista impasible al asesinato de sus militantes, como asisten, débiles, los partidos llamados de orden y las asociaciones profesionales en que estáis inscritos. Un gran movimiento nacional que aspire a refundir de nuevo ese mismo temple heroico de la Patria entera, llamada otra vez, si lo queremos firmemente, a realizar gloriosos destinos. (O. C., págs. 754-755, 5 dic. 35.)

No cabe convivencia fecunda sino a la sombra de una política que no se deba a ningún partido ni a ninguna clase; que sirva únicamente al destino integrador y supremo de España; que resuelva los problemas entre los españoles sin otra mira que la justicia y la convivencia patria. (O. C., pág. 320, nov. 34.)



## II. Dolor de España

EL NO DIJO: ESPAÑA ESTA HERMOSA -PUES NO SABIA MENTIR-. NI DIJO: HE AQUI UNA HERMOSA RUINA -QUE NO SUPO LLORAR-. MAS DIJO: MIRAD COMO ESTA PATRIA QUE ES HERMOSA, ESTA CORROMPIDA. PUES CON NINGUNA SANGRE SEA LAVADA SI NO ES LA NUESTRA.

M. A.

### ESPAÑA EN RUINAS

Así resulta que cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral, un mundo escindido en toda suerte de diferencias; y por lo que nos toca de cerca, nos encontramos una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y por todas las pugnas. (O. C., pág. 64, 29 oct. 33.)

España, desde hace mucho tiempo, lleva una vida chata, una vida pobre, una vida triste, oprimida entre dos losas que todavía no ha conseguido romper: por arriba, la falta de toda ambición histórica, la falta de todo interés histórico; por abajo, la falta de una profunda justicia social. (O. C., pág. 247, 6 jun. 34.)

### LA TIERRA SEDIENTA

Este suelo nuestro, en que se pasa del verano al invierno sin otoño ni primavera; este suelo nuestro, con los montes sin árboles, con los pueblos sin agua ni jardines; este suelo inmenso, donde hay tanto que hacer y sobre el que se mueren de hambre setecientos mil parados y sus familias, porque no se les da nada en que trabajar; este suelo nuestro, en el que es un conflicto que haya una cosecha buena de trigo, cuando, con ser el pan el único alimento, comen las gentes menos pan que en todo el occidente de Europa; este pueblo nuestro necesita que se hiciera la transformación más de prisa que en ninguna parte. (O. C., páginas 563-564, 19 may. 35.)

Las tierras de España... no pueden vivir decorosamente. Hay tierras españolas donde cada semilla da tres o cuatro, y de éstas hay que entregar una al usurero, y con las otras dos vive el labrador en una miseria que pasa de padres a hijos.

No se puede vivir como se vive en muchos pueblos españoles de tierra estéril, donde las gentes se tienen que refugiar en el interior de ella. (O. C., pág. 858, 26 ene. 36.)

Gran parte de la tierra española, ancha, triste, seca, destartalada, huesuda, como sus pobladores, parece no tener otro destino que el de esperar a que esos huesos de sus habitantes se le entreguen definitivamente en la sepultura. (O. C., pág. 563, 19 may. 35.)

Nosotros hemos tenido ocasión de comprobar este estado de desdicha de nuestro pueblo al recorrer día tras día las tierras de España. Nosotros hemos visto en la provincia de León, donde el clima es duro, no este clima dulce y suave de Málaga, a las gentes cobijadas en agujeros bajo la tierra, en montones de tierra ahuecados para que les sirviera de refugio.

Vosotros habréis visto, como lo hemos visto nosotros, al hombre trabajando de sol a sol por un plato de gazpacho, y habréis descubierto en los confines de los páramos españoles gentes con ojos ilusionados, como en los mejores tiempos, capaces de toda empresa, vivir una vida miserable y dolorosa. La existencia de esas pobres gentes pondría los pelos de punta si la viéramos aplicada a los animales domésticos. (O. C., páginas 623-624, 21 jul. 35.)

## EL HAMBRE DEL PUEBLO

El hambre del pueblo: he aquí otra angustia apremiante y a la que España puede poner remedio. La gran tarea de nuestra generación consiste en demostrar el sistema capitalista, cuyas últimas consecuencias fatales son la acumulación del capital en grandes empresas y la proletarización de las masas. (O. C., pág. 848, 19 ene. 36.)

... no queremos que nuestros hijos sientan oprobio al saber que hay hombres que trabajan de sol a sol por un plato de gazpacho y que muchos españoles viven como cerdos. (O. C., págs. 626-627, 21 jul. 35.)

El asiento físico de España, de la comunidad de españoles, es absolutamente indefendible. Tenemos un territorio enorme en el que hay muchísimo que hacer, y, sin embargo, millones de habitantes viven peor que los cerdos en las cochiqueras. No ya los parados del todo, esos setecientos mil españoles cuya existencia es un milagro, sino los pequeños labradores, arrendatarios o propietarios de minifundios, que recogen al año veinte o treinta fanegas de trigo, y los campesinos andaluces, que cobran al año cien jornales, y los habitantes en los suburbios de la misma capital, hacinados en casas infectas, en que los más rudimentarios servicios higiénicos se comparten entre cuarenta familias. Esto, mientras se engordan armeros, intermediarios, administradores, banqueros, propietarios, rentistas, consejeros de grandes empresas y toda esa muchedumbre ociosa que parece ser el remate de un país apopléjico de gran capitalismo, y no la dorada envoltura de nuestra pobre, y ancha, y esquilhada España.

Sobre esa base económica está asentado el pueblo español. ¿Y qué misión colectiva lo mantiene unido? Nadie lo sabe. Por eso, menos cada vez piensa nadie en remediar su mal remediando a España, sino escaparse del mal común lo mejor que pueda. Cada clase por su lado, insolidaria con las demás. Cada región, cada comarca, por su lado. Como en un barco que zozobra, todos parecen haber oído la voz de «sálvese el que pueda». Cuando lo que hay que salvar es el barco. (O. C., págs. 433-434.)

Mientras millones de familias españolas vivan miserablemente, no puede «ni debe» haber paz en España. Lo interesante es incorporar el interés de esos millones de familias al interés total de España, en vez de acorralarlos en la desesperación anárquica y antinacional. (O. C., páginas 346-347, 11 nov. 34.)

No dejaremos de gritarlo en ningún número: hay setecientos mil españoles en paro forzoso; hay setecientos mil españoles que comen de milagro. ¿Cómo puede haber Parlamento, Gobierno ni partidos que vivan en paz mientras esa trágica llaga sigue abierta al costado de nuestro pueblo? (O. C., pág. 459, 28 mar. 35.)

España, que tiene una superficie sobrada para poder sostener cuarenta millones de habitantes, por una distribución absurda de la propiedad territorial y por un retraso inconcebible en las obras de riego, mantiene un régimen en que dos millones de familias, por lo menos, viven en condiciones inferiores a la de los animales domésticos y casi a la de los animales salvajes. Yo soy, por ejemplo, diputado por una provincia andaluza; en el período electoral tuve que ir a un pueblo que se llama Prado del Rey con mi compañero Francisco Moreno; cuando llegamos a aquel pueblo, donde creo que jamás se había aventurado nadie, ni siquiera en trance de propaganda electoral, diluviaba. Las calles eran una especie de torrenteras sobre las cuales se abrían unos cubiles inferiores a los cubiles donde se aloja a las bestias en las granjas. Había gentes allí que no tenían la menor noticia de lo que era la cultura, la convivencia humana, la comodidad, ni la sanidad. Como era un día crudo, nosotros íbamos en automóvil, y, como es natural, llevábamos nuestros abrigos. Cuando intentamos hacer propaganda electoral, las gentes de Prado del Rey salieron de sus casas y nos empezaron a tirar piedras. Yo os aseguro que en lo profundo de mi corazón deseaba que no me diera en la nuca ninguna; pero

os aseguro que en lo profundo de mi corazón reconocía que nosotros, que íbamos en automóviles, que llevábamos abrigos relativamente agradables, suscitábamos todas las disculpas para que aquella gente de Prado del Rey nos tirase en la nuca todas sus piedras. (O. C., págs. 246-247, 6 junio 34.)

El pueblo español no tiene pan. Hay muchedumbre de parados. En los suburbios y en los campos viven muchos- hombres peor que las bestias. Hay multitudes condenadas a arañar tierras estériles, que les dan cuatro semillas por una. De estas cuatro semillas todavía una es para la tierra y otra para el usurero. En esta misma provincia de Avila hay pueblos que pertenecen a una sola propiedad. Los habitantes de esos pueblos, a los que puede desahuciar el propietario en cualquier momento de mal humor, saben que el desahucio equivale a un destierro del mundo. (O. C., págs. 837-838, 11 ene. 36.)

Nuestra modesta economía está recargada con el sostenimiento de una masa parasitaria insoportable: banqueros que se enriquecen prestando a interés caro el dinero de los demás; propietarios de grandes fincas que, sin amor ni esfuerzo, cobran rentas enormes por alquilarlas; consejeros de grandes compañías diez veces mejor retribuidos que quienes con su esfuerzo las sacan adelante; portadores de acciones liberadas a quienes las más de las veces se retribuye a perpetuidad por servicios de intriga; usureros, agiotistas y correveidiles. Para que esta gruesa capa de ociosos se sostenga, sin añadir el más pequeño fruto al esfuerzo de los otros, empresarios, industriales, comerciantes, labradores, pescadores, intelectuales, artesanos y obreros, agotados en un trabajo sin ilusión, tienen que sustraer raspaduras a sus parvos medios de existencia. Así, el nivel de vida de todas las clases productoras españoles, de la clase media y de las clases populares, es desconsoladoramente bajo; para España es un problema el exceso de sus propios productos, porque el pueblo español, esquilmado, apenas consume. (O. C., pág. 842, 16 enero 36.)

España es un país bronco y desértico, tierra partida entre unos millones de proletarios, a menudo rugientes de hambre y de cólera, y unos millares de beatis possidentibus. (T. I., pág. 177, 18 ene. 34.)

Tal es el panorama de España: un Gobierno centro que languidece en su consunción; unas derechas faltas de fe y de empuje; unas izquierdas antinacionales. Y, olvidada, España. Esa España que, en medio de tantos gritos, aguarda la revolución verdadera: la que le devuelva un quehacer histórico, interesante y grande, y la organice de arriba abajo de una manera justa, la que acabe con el escepticismo, con el hambre de tantos y con el lujo parasitario de unos pocos. Esa es la nuestra. Si seguimos animosos y unidos, si reiteramos cada día el voto de sacrificio que sellaron con sangre nuestros mártires, ¡qué gran año, camaradas, puede ser el 1935 para nosotros!, y para España. (O. C., página 295, 27 ago. 34.)

### **LAS LAPIDAS DE LOS CACIQUES**

El orden liberal capitalista ha traído al mundo discordias presentes y el espectáculo de miseria que dan los obreros del campo, desarraigados, alquilándose a sí mismos en la plaza del Arenal como se alquilan en Abisinia los esclavos o los camellos. En busca de ese orden nuevo, ganado por la fe y los sacrificios, voy, con mis compañeros, peregrinando por España. Y eso es lo que importa: no granjearme el aplauso fácil o una lápida en que den el nombre de uno a una calle del pueblo. Esas lápidas en honor de los caciques van formando la lápida sepulcral de España. (T. L, pág. 319, 1 ene. 36.)

## **ESPAÑA, DROGADA**

¿Es esto España? ¿Es esto el pueblo de España? Se dijo i que vivimos una pesadilla o que el antiguo pueblo español (sereno, valeroso, generoso) ha sido sustituido por una plebe frenética, degenerada, drogada con folletos de literatura comunista. Sólo en los peores momentos del siglo XIX conoció nuestro pueblo horas parecidas, sin la intensidad de ahora. Los autores de los incendios de iglesias que están produciéndose en estos instantes alegan como justificación la especie de que las monjas han repartido entre los niños de obreros caramelos envenenados. ¿A qué páginas de esperpento, a qué España pintada con chafarrinones de bermellón y de tizne hay que remontarse para hallar otra turba que preste acogida a semejante rumor de zoco? (O. C., pág. 926, 4 may. 36.)

Es preciso buscar una explicación de patología colectiva a esta complacencia, a este regodeo de un público español en la desdicha que representa la desmembración de España. Hay procesos morbosos en los que la degradación exhibida llega a constituir un deleite. ¿Habrán llegado ya a ese punto las masas españolas? (O. C., pág. 903, 5 mar. 36.)

## **AMARGURA DE ESPAÑA**

Señor presidente: cuando empezábamos esta discusión, un orador espontáneo en la tribuna pública trató de decirnos un discurso; eran sus primeras palabras, únicas que tuvimos el gusto de oír, unas que decía: «Señores diputados: Con profunda amargura...». No sé lo que pensaría seguir diciendo ese orador espontáneo; pero si su amargura se refería a este espectáculo de frivolidad que dan las Cortes, yo, a quien espero que no expulsarán los ujieres, me hago portavoz ante España de la indignación del orador espontáneo.

## **INSOLIDARIDAD HISPANICA**

Quizá el rasgo más saliente de nuestro carácter nacional consiste en la inclinación a «esquivar el deber». No por cobardía -a veces es más duro lo que emprendemos que lo que dejamos-, sino por inquietud, por falta de «seriedad en la vocación». Apenas hay español que no se considera llamado precisamente a aquello que no le corresponde hacer. «Si yo fuese ministro de Hacienda...» «Como me dejasen gobernar el Banco de España durante un mes...» Y al mismo tiempo que quien esto dice renuncia en su espíritu a maravillosas innovaciones que implantaría, se atrasa y se adocena en el cumplimiento de su verdadera misión.

Por otra parte, nos falta casi por entero el «sentido social»; ese goce de sentirse parte de un todo armónico; de comportarse como pieza puntual para que el conjunto de la máquina funcione bien. Aquí preferimos no pasar de tosca herramienta, con tal que sea independiente, mejor que entrar como rueda secundaria en una maravillosa mecanización. La aspiración de casi todos nosotros sigue siendo, como cuando Ganivet escribía, la de regirnos por una Constitución individual, donde no haya más que un artículo: «Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana». (T. L, pág. 57, 20 dic. 30.)

Falta a nuestro pueblo educación como colectividad. Todo, hasta el estudio de la Historia, lo hemos hecho al revés. Lo hemos hecho a la salida de un período romántico, que influía en aquélla románticamente, exaltando las individualidades anárquicas y oscureciendo las creadoras; cantando al francotirador y olvidando lamentablemente al constructor. (T. 1., pág. 129, 25 ago. 33.)

### III. Patriotismo crítico

Amor, amor cruenta antropofagia,  
Amor, que tanto como escupas, bebes.  
«¡Te quiero, ruge, porque no me gustas!»

A la aurora, ya el Ángel derribado,  
Cedía al vencedor su propio nombre  
Y José Antonio se llamaba España.

E. d'O.

La gaita y la lira. ¡Cómo tira de nosotros! Ningún aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra; ningún césped más tierno que el suyo; ninguna música comparable a la de sus arroyos. Pero..., ¿no hay en esa succión de la tierra una venenosa sensualidad? Tiene algo de fluido físico, orgánico, casi de calidad vegetal, como si nos prendieran a la tierra sutiles raíces. Es la clase de amor que invita a disolverse. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. Amor que se abriga y se repliega más cada vez hacia la mayor intimidad; de la comarca al valle nativo; del valle al remanso donde la casa ancestral se refleja; del remanso a la casa; de la casa al rincón de los recuerdos.

Todo eso es muy dulce, como un dulce vino. Pero también, como en el vino, se esconden en esa dulzura embriaguez e indolencia.

A tal manera de amar, ¿puede llamarse patriotismo? Si el patriotismo fuera la ternura efectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano. Esa elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser, para que gane la mejor calidad, lo que esté cabalmente al otro extremo, lo más difícil; lo más depurado de gangas terrenas; lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable. Es decir, tiene que clavar sus puntales, no en lo sensible, sino en lo intelectual.

Bien está que bebamos el vino dulce de la gaita, pero sin entregarle nuestros secretos. Todo lo que es sensual dura poco. Miles y miles de primaveras se han marchitado, y aún dos y dos siguen sumando cuatro, como desde el origen de la Creación. No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras; tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta.

La canción que mide la lira, rica en empresas porque es sabia en números.

Así, pues, no veamos en la Patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un destino, una empresa. La Patria es aquello que, en el mundo, configuró una empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita. Ya no hay razón - si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica- para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los números de los imperios -geometría y arquitectura- para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea. (O. C., págs. 111-112, 11 ene. 34.)

Los hombres del 14 de abril pareció que llegaban de vuelta al patriotismo y llegaban por el camino mejor: por el amargo camino de la crítica. Esta era su promesa de fecundidad; porque yo os digo que no hay patriotismo fecundo si no llega a través del camino de la crítica. A

nosotros no nos emociona, ni poco ni mucho, esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora.

Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España. (O. C., pág. 559, 19 may. 35.)

Nosotros, estudiantes, no os llamamos con la invocación del nombre de España a una charanga patriótica. No os invitamos a cantar a coro fanfarronadas. Os llamamos a la labor ascética de encontrar bajo los escombros de una España detestable la clave enterrada de una España exacta y difícil.

No venimos sólo a execrar como antipatriotas a tantos y tantos críticos de España como se adelantaron a formular nuestro descontento. Venimos a reprocharles que no añadieran a su crítica mayor efusión. Pero su descontento es nuestro. Nuestra manera de servir a España tendrá que ser también rigurosa. Tendremos que hendir muchas veces la carne física de España -sus gustos, su pereza, sus malos hábitos para libertar a su alma metafísica. España nos tiene que ser incómoda. ¡Dios nos libre de encontrarnos como el pez en el agua en esta España de hoy! Tenemos que sentir cólera y asco contra tanta vegetación confusa. Y sajar sin contemplaciones. No importa que el escalpelo haga sangre. Lo que importa es estar seguro de que obedece a una ley de amor. (O. C., págs. 452-453, 26 mar. 35.)

José Antonio.-Estamos necesitados, don Miguel, de una fe indestructible en España y en el español.

Unamuno—¡España! ¡España!... Muchas veces he pensado que he sido injusto en mis cosas; que combatí sañudamente a quienes estaban enfrente; acaso quizá a su padre. Pero siempre lo hice porque me dolía España, porque la quería más y mejor que muchos que decían servirla sin emplearse en criticar sus defectos.

José Antonio.-También nosotros, don Miguel, hemos llegado al patriotismo por el camino de la crítica. Eso lo he dicho yo antes de ahora. Y hoy, en esta Salamanca unamunesca, voy a decir a quien nos escuche que el ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo. (T. 1, pág. 273, 10 feb. 35.)

Tenemos una fe resuelta en que están vivas todas las fuentes genuinas de España.

España ha venido a menos por una triple división: por la división engendrada por los separatismos locales, por la división engendrada entre los partidos, por la división engendrada por la lucha de clases.

Cuando España encuentre una empresa colectiva que comprenda todas esas diferencias, España volverá a ser grande como en sus mejores tiempos. (T. 1, pág. 263.)

... nosotros... donde vamos con nuestra cruzada, sufriendo molestias, venciendo obstáculos y aun arrojando peligros, sólo hablamos de nuestra fe en España, y su destino, y sólo aspiramos a infiltrar esa fe y esa creencia en quienes nos escuchan. (O. C., pág. 289, 22 jul. 34.)

... hoy renacen las consignas de 1933. Y volverán a surgir en 1940, repitiéndose que se va a hundir la civilización cristiana. Pero para que no se hunda tenemos que poseer algo más que la consigna del miedo: una fe profunda en España. Frente a los gritos de abajo esto y abajo lo otro, hay que gritar: «¡Arriba España, una, grande y libre; por la Patria, el pan y la justicia...!». (O. C., pág. 859, 26 ene. 36.)

Mientras tantas hinchadas apariencias se hundieron al primer golpe de adversidad, la Falange, sin dinero y perseguida, es la única que mantiene su alegre fe en un resurgimiento de España y su duro frente contra asesinatos y tropelías. (O. C., pág. 912, 14 mar. 36.)

Sólo la fe remueve montañas, y la fe en un gran destino español es el patrimonio de ese movimiento que os convoca a sus filas. (O. C., página 755, 5 dic. 35.)

Nuestra Falange, portadora de la nueva fe, volverá a hacer de España una nación e implantará en ella la justicia social. Le dará pan y fe. El sustento digno y la alegría imperial. (O. C., pág. 237, may. 34.)

Lo que ocurre es que España es demasiado seria para jugar a la seriedad cuando no tiene nada que hacer. Por eso es indisciplinada cuando no encuentra digno empleo para su disciplina. Pero si un español o veinticinco mil españoles tienen por delante una tarea en que merezca soportarse y arrostrarse todo, ninguno le aventaja en disciplina. (T. L, página 200, 1 mar. 34.)

Creemos en la suprema realidad de España. Fortalecerla, elevarla y engrandecerla es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles. A la realización de esta tarea habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases. (O. C., página 339, nov. 34.)

## IV Política española

...nos encontramos una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y por todas las pugnas.

J. A.

### LA ESPAÑA ANTERIOR A LA DICTADURA

Acordaos del antiguo régimen. Aquella vida chata, tonta, perezosa, escéptica... España minada por un desaliento ni siquiera trágico, sino aceptado con una especie de abyecta socarronería. En Marruecos, la llaga, sangrienta y vergonzosa, continuamente abierta, sin esperanza de cura. Aquí, un Estado claudicante, ante cuyos ojos sin brillo iba fermentando la anarquía. Mientras tanto, la riqueza de España, la décima parte de lo que podía ser la riqueza de España, el jugo de los pobres campos de España, casi olvidados por sus señores, consagrada a mantener el lujo sin grandeza de unas cuantas familias privilegiadas. Y, en alianza con esas familias, unos grupos de viejos políticos cuya misión era mantener el tinglado en pie lo que buenamente durase, demorando su previsto derrumbamiento mediante regateos con la anarquía.

Durante algunos años, la correlación de servicios fue perfecta; los viejos políticos aseguraban a las familias privilegiadas una interina tranquilidad, y las familias privilegiadas, a guisa de salarios, deparaban a los viejos políticos la inefable ventura de exhibirse de frac algunas veces, entre duquesas, marquesas y condesas, bajo las arañas de los palacios.

Pero en los últimos tiempos se resquebrajaba aquello de manera inquietante. (O. C., págs. 29-30, 26 nov. 32.)

### LA DICTADURA

Porque si os decía que un régimen revolucionario no puede nunca defender su legitimidad con arreglo a la legislación del régimen anterior; si os decía que un régimen revolucionario no se justifica nunca por su partida de nacimiento, os tengo que reconocer que un régimen revolucionario se justifica siempre por su hoja de servicios, considerada bajo especie de historia, no bajo especie de anécdota; esta hoja de servicios, considerada precisamente por un cotejo entre lo que se propuso el régimen revolucionario al romper con el sistema anterior y lo que dejó tras sí al terminar su ciclo. Ese sí que es el verdadero fracaso de la Dictadura. La Dictadura rompió un orden constitucional que regía a su advenimiento, embarcó a la Patria en un proceso revolucionario y, por desgracia, no supo concluirlo. Al caer la Dictadura, poco más o menos, siquiera ya con la anemia de lo que está próximo a morir, renació alegremente el mismo sistema, con los mismos defectos, que se había encontrado la Dictadura al advenir el 13 de septiembre de 1923. Y esto aconteció porque la Dictadura estuvo encarnada -y ya veis que cuando hablo de este período histórico me desprendo bastante de todos los atractivos de la sangre- por un hombre verdaderamente extraordinario, por un hombre tan extraordinario que si no lo hubiera sido no hubiera podido mantenerse seis años en aquel equilibrio tan difícil.

La Dictadura, que estuvo encarnada, decía, en un hombre verdaderamente extraordinario, en un hombre -y estoy seguro de que no me lo negará ninguno- que tenía -lo ha dicho nada menos que Ortega y Gasset, que fue uno de sus adversarios más constantes- el alma cálida y además el espíritu templado y la cabeza clarísima; que tenía una facultad de intuición y de adivinación y de comprensión como muy pocos hombres, se encontró con una falta, con la cual es imposible sacar un régimen adelante: a la Dictadura le faltó elegancia dialéctica.

Esto, en aquel momento, era completamente disculpable.

Ahora, en el mundo, se está poniendo en experiencia una serie de sistemas que han llegado al punto de su madurez conceptual. En el año 1923 no se había construido del todo ninguna doctrina que fuera capaz de reemplazar a la doctrina liberal democrática burguesa de



los Estados que entonces existían. Si consideráis que aquel general de 1923 siguió no más que en once meses a Mussolini, os asombraréis de que tuviera que adivinar todas las bases conceptuales de un sistema, cuando ese mismo sistema ha tardado diez o doce años en llegar a producir la bibliografía con que ahora se justifica a posteriori. El general Primo de Rivera se encontró sin aquello; tenía que ir adivinando la razón íntima de cada uno de sus actos, y la fue adivinando durante seis años, poco menos que milagrosamente; pero, por desgracia, ningún régimen se sostiene si no consigue reclutar a su alrededor a la generación joven en cuyo momento nace, y para reclutar a una generación joven hay que dar con las palabras justas, hay que dar con la fórmula justa de la expresión conceptual. Esto no lo logró el general Primo de Rivera, ni podía lograrse en aquel momento, y por eso los intelectuales, que es muy posible que se hubieran entendido con él cinco años más tarde, no le entendieron, por culpa de los intelectuales y por culpa del general Primo de Rivera. Es posible que el general Primo de Rivera hubiese podido encontrar un poco más a tiempo el tono intelectual, el tono dialéctico de los intelectuales; también es evidente que los intelectuales, precisamente por serlo, estaban obligados a haber adivinado un poco más. Los intelectuales no le entendieron y le volvieron la espalda: con los intelectuales se le volvió la juventud, y entonces el general Primo de Rivera se encontró en esta tragedia terrible, de la que yo también he hablado otra vez, en que se encuentra casi todo el que emprende en España un proceso de profunda influencia social; al general Primo de Rivera -descarto unos cuantos colaboradores leales e inteligentes- no le entendieron los que supieron que le querían y no le quisieron los que podían haberle entendido.

Es decir: que si los intelectuales, que estaban apeteciendo desde hacía mucho tiempo la transformación revolucionaria de España desde abajo o desde arriba, le hubieran entendido, la revolución se hubiera podido hacer. Aquéllos no le entendieron y, en cambio, le quisieron los que, por una razón o por otra, no tenían el menor deseo de hacer ninguna revolución. El general Primo de Rivera estoy seguro que lo percibió tan claro, que ésta fue la tragedia grande y respetable, y tan auténtica, que le costó no menos que la vida al ver el fracaso esencial de su obra. (O. C., págs. 243-246, 6 jun. 34.)

## **EL 14 DE ABRIL**

La revolución del 14 de abril parecía prometer, en cuanto a lo histórico, la devolución a España de un interés y de una empresa comunes. En realidad no se podrá saber muy bien cuál era esa empresa; pero la revolución del 14 de abril tuvo la suerte de tener buena música. El señor Gil Robles cree que la música no es necesaria para los movimientos políticos. Nunca se ha hecho un movimiento político interesante sin buena música, y la revolución del 14 de abril la tuvo; tuvo especialmente buena... (El señor Traba]: «El himno de Riego». Risas.) No el himno de Riego, sino la excelente música que se contenía, sobre todo, en aquel memorable manifiesto de Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala. Aquel manifiesto, que estaba escrito en la mejor prosa de estos maestros de la prosa, hablaba de poner proa a toda máquina hacia nuevos rumbos, de unirnos a todos en una empresa nueva, transparente y envidiable. (O. C., págs. 248-249, 6 junio 34.)

La alegría del 14 de abril no fue la que expresaron los camiones cargados de carne humana y engalanados de rojo. Aquello fue lo de menos y lo de los menos. La callada alegría del 14 de abril fue la que sintieron en las casas millones de españoles al imaginarse el principio de una nueva ruta abierta y soleada. Fue una alegría un poco melancólica; no en balde se iban los viejos símbolos que fueron gloriosos en otro tiempo. Pero, en compensación, el 14 de abril anunciaba las dos cosas de las que está huérfana España: un orden social nuevo hasta el fondo que remediara a sus gentes sufridas de la miseria en que se arrastran y un quehacer colectivo: el de levantar el Estado nuevo, el de acometer la empresa de rehacerse todos unidos en el mismo afán. (O. C., pág. 434, 21 mar. 35.)

El 14 de abril de 1931 sobraron por las calles camiones, trapos rojos y gritos. Pero, bajo el mal gusto exterior, cantaba la esperanza de un pueblo; acaso ese pueblo, entregado desde hace siglos a su pereza al sol, no conserva viva del todo más aptitud que la de esperar. Sin mucha fe, pero espera. O más bien, aguarda con la escéptica expectativa del que ha comprado

un número para la lotería y no desecha del todo la posibilidad de que le toque. El pueblo sabía que con el régimen monárquico le iba mal, y, sin más, se abrió al barrunto alegre de que con la República le iba a ir mejor. Así --quitado el mal gusto-, las jornadas de abril del 31 resultaron ejemplares: la multitud fue dueña de las calles, y, sin embargo, no se registró ni un solo acto cruento. Las masas obreras, educadas en el agrio sindicalismo socialista, renunciaron a su gesto propio para sumarse a una festividad total, en la que obreros y burgueses ahogaban sus discordias. ¿Cuál podía ser la clave secreta de aquellos resultados imprevisibles? La clave de lo nacional y lo social unidos; España creyó encontrar de golpe las dos cosas inseparables: un alma histórica, colectiva, y unas bases justas de convivencia humana: la Patria y el pan, que forman, juntos, la justicia.

El balance de los cuatro años transcurridos es bien poco consolador. El 11 de mayo de 1931 unos grupitos vergonzosamente tolerados -¿o protegidos?- se fingieron turbas indomables y pegaron fuego a los conventos. En las ciudades españolas, vandalizadas aquel día, ardió, más pronto que las paredes religiosas, la concordia nacional. A poco empezaba una política sectaria, la exclusión, que colocó fuera de la comunidad civil a millones de españoles. Se jugó al estaticismo revolucionario sin fecundidad ni finalidad. El momento de casi unanimidad espiritual del 14 de abril pasó a ser un recuerdo.

La otra tarea de la revolución consistía en alterar las bases económicas de la vida popular. Había en España demasiados parias, desprovistos de todo, demasiados zánganos sostenidos por el trabajo de los demás. Aquello necesitaba una transformación enérgica y austera. El bienio no la hizo: se afanó en imitar y vejar a los privilegiados, pero no mejoró en nada el infortunio de los humildes; desquició un sistema de economía sin iniciar fecundamente la construcción de otro. ¿Y después? Las elecciones de noviembre de 1933 impusieron un cambio de rumbo a la política. El cambio ha consistido en un estancamiento. Ya no se cometen tropelías religiosas, pero todo se deja como estaba. Como estaba en 1931, corregido y empeorado por la furia del bienio. Los privilegios antiguos, la miseria antigua. menos disciplina social y muchos más miles de guardias.

Así, el 14 de abril de 1935 ya no se ha parecido en nada al de 1931. Le ha faltado color popular y frescura de esperanza nueva. Unas cuantas ceremonias, uniformes, condecoraciones, y unos millares de curiosos en cuyas caras se leía: «Inutilidad por inutilidad, aquélla era más decorativa, por lo menos». (O. C., págs. 525-526, 18 abr. 35.)

Por eso, camaradas, ni estamos en el grupo de reacción monárquica, ni estamos en el grupo de reacción populista. Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, frente al escamoteo del 14 de abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga, más o menos oculto, un propósito reaccionario, un propósito contrarrevolucionario, porque nosotros, precisamente, alegamos contra el 14 de abril, no el que fuese violento, no el que fuese incómodo, sino el que fuese estéril, el que frustrase una vez más la revolución pendiente española. (O. C., pág. 568, 19 may. 35.)

Si el 14 de abril no hubiera habido más que los programas y los hombres conocidos, poco se hubiera podido esperar de él. Lo importante era otra cosa, la alegría del 14 de abril, que, con ser de expresión tan imprecisa, ocultaba más profunda precisión que todos los programas; ésta: la aspiración ferviente hacia el recobro de la unidad espiritual de España sobre nuevas bases de existencia física popular. Patria y justicia para un pueblo sufrido. Nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset. (O. C., pág. 688, 7 nov. 35.)

Nuestro movimiento -y cuando hablo de nuestro movimiento me refiero lo mismo al inicial de Falange Española que al inicial de las J. O. N. S., puesto que ambos están ya irremisiblemente fundidos- empalma, como ha dicho muy bien Onésimo Redondo, con la revolución del 14 de abril de 1931. Esta fecha -todos lo sabéis- ha sido mirada desde muy distintos puntos de vista; ha sido, como todas las fechas históricas, contemplada con bastante torpeza y con bastante zafiedad. Nosotros, que estamos tan lejos de los rompedores de

escudos en las fachadas como de los que sienten solamente nostalgia de los rigodones palaciegos, tenemos que valorar exactamente, de cara -lo repito- a la Historia, el sentido del 14 de abril en relación con nuestro movimiento. (O. C., págs. 557-558, 19 may. 35.)

### **DERECHAS O IZQUIERDAS: VALORES ESTERILES**

El ser «derechista», como el ser «izquierdista», supone siempre expulsar del alma la mitad de lo que hay que sentir.

En algunos casos es expulsarlo todo y sustituirlo por una caricatura de la mitad. Esto pasa, quizá, preferentemente entre las derechas: un gran aparato patriótico y religioso, demasiado enfático para ser de la mejor calidad, envuelve una falta espeluznante de interés por las miserias de los desheredados. Las derechas que se suponen más «avanzadas» llegan a recomendar ciertas ampliaciones jurídico-sociales, como la que da a los obreros una homeopática participación en los beneficios o la que les asegura, a la vejez, un pingüe retiro de una peseta y media al día. Pero no hay partido de derechas que acepte el acometer con decisión heroica el descuaje del sistema capitalista y su sustitución por otro más justo. Y como en ello estriba la tarea de nuestra época (ya que la sustitución del sistema capitalista implica toda una revolución moral), y como sin esto la conciencia de una nación como comunidad completa de vida no puede afirmarse, es claro que un frente calificado por ser «de derechas» no puede ser, aunque lo ponga en todos los carteles electorales, un frente «nacional». (O. C., pág. 835, 9 ene. 36.)

Como anunció la Falange antes de las elecciones, la lucha ya no está planteada entre derechas e izquierdas turnantes. Derechas e izquierdas son valores incompletos y estériles; las derechas a la fuerza de querer ignorar la apremiante angustia económica planteada por los tiempos, acaban de privar de calor humano a sus invocaciones religiosas y patrióticas; las izquierdas, a fuerza de cerrar las almas populares hacia lo espiritual y nacional, acaban por degradar la lucha económica a un encarnizamiento de fieras. Hoy están frente a frente dos concepciones TOTALES del mundo; cualquiera que venza interrumpirá definitivamente el turno acostumbrado; o vence la concepción espiritual, occidental, cristiana, española de la existencia, con cuanto supone de servicio y sacrificio, pero con todo lo que concede de dignidad individual y de decoro patrio, o vence la concepción materialista rusa de la existencia, que sobre someter a los españoles al yugo feroz de un ejército rojo y de una implacable policía, disgregará a España en repúblicas locales Cataluña, Vasconia, Galicia- mediatizadas por Rusia. (O. C., página 909, 14 mar. 36.)

Derechas, izquierdas... Son palabras de poco sentido. El Estado ruso es el más derechista de todos los de Europa, y el pueblo soviético es el más izquierdista ideológicamente... Pero si nos ceñimos a su vulgar acepción, derechas e izquierdas representan en España algo tan heterogéneo e irreconciliable que se puede esperar poco, por sus mismas tensiones respectivas. Más tienen de exponentes de lucha que de internos ideales por la Patria. (O. C., págs. 887-888, 14 feb. 36.)

### **DERECHAS**

Las derechas españolas se nos han mostrado siempre interesadas en demostrarnos que el Apóstol Santiago estuvo dando mandobles en la batalla de Clavijo. Con esa preocupación obsesionante se desentendieron por completo de las angustias del pueblo español, de sus necesidades apremiantes, de su situación dolorosa. (O. C., pág. 623, 21 jul. 35.)

... los partidos de derecha... manejan un vocabulario patriótico, pero están llenos de mediocridad, de pesadez, y les falta la decisión auténtica de remediar las injusticias sociales. (O. C., pág. 550, 12 may. 35.)

¿Y las derechas? Las derechas invocan grandes cosas: la Patria, la tradición, la autoridad...; pero tampoco son auténticamente nacionales. Si lo fueran de veras, si no encubriesen bajo grandes palabras un interés de clase, no se encastillarían en la defensa de posiciones económicas injustas. España es, por ahora, un país más bien pobre. Para que la vida del promedio de los españoles alcance un decoro humano, es preciso que los privilegiados de la fortuna se sacrifiquen. Si las derechas (donde todos esos privilegiados militan) tuvieran un verdadero sentido de la solidaridad nacional, a estas horas ya estarían compartiendo, mediante el Sacrificio de sus ventajas materiales, la dura vida de todo el pueblo. Entonces sí que tendrían autoridad moral para erigirse en defensores de los grandes valores espirituales. Pero mientras defiendan con uñas y dientes el interés de clase, su patriotismo sonará a palabrería; serán tan materialistas como los representantes del marxismo.

Por otra parte, casi todas las derechas, por mucho empaque moderno que quieran comunicar a sus tópicos (Estado fuerte, organización corporativa, etc.), arrastran un caudal de cosas muertas que le priva de popularidad y brío. (O. C., pág. 319, nov. 34.)

Las derechas, sí, invocan a la Patria, invocan a las tradiciones; pero son insolidarias con el hambre del pueblo, insolidarias con la tristeza de esos campesinos que aquí, en Andalucía, y en Extremadura y en León, siguen viviendo -decía Julio Ruiz de Alda- como se vivía hace quinientos años; siguen viviendo -os digo yo- como desde la creación del mundo viven algunas bestias. Y esto no puede ser así. (O. C., página 796, 22 dic. 35.)

... ¿cómo se nos presentan las derechas?; ¿qué nos dicen las derechas en sus manifiestos, en sus carteles electorales? Si el rencor es la consigna del frente revolucionario, simplemente el terror es la consigna del frente contrarrevolucionario. Al rencor se opone el terror, y nada más que esto. Ni un gran quehacer, ni el señalamiento de una gran tarea, ni una palabra animosa y esperanzadora que nos pueda unir a los españoles. Todos son gritos: «Que se hunde esto, que se hunde lo otro; contra esto, contra lo otro». El grito que se da al rebaño en la proximidad del lobo para que el rebaño se apiñe, se apriete, se acobarde. Pero una nación no es un rebaño: es un quehacer en la Historia. No queremos más gritos de miedo: queremos la voz de mando que vuelva a lanzar a España a paso resuelto, por el camino universal de los destinos históricos. (O. C., página 869, 2 feb. 36.)

Las derechas, como tales, no pueden llevar a cabo ninguna obra nacional, porque se obstinan en oponerse a toda reforma económica, y con singular empeño a la reforma agraria. No habrá nación mientras la mayor parte del pueblo viva encharcada en la miseria y en la ignorancia, y las derechas, por propio interés, favorecen la continuación de este estado de cosas. (O. C., págs. 891-892, 21 feb, 36.)

... en el fondo, la derecha es la aspiración a mantener una organización económica, aunque sea injusta... (O. C., pág. 65, 29 oct. 33.)

Nuestro más turbio enemigo se agazapa entre los bastidores de la prensa capitalista.

De esa prensa que aspira a llamarse nacional y que no ha tenido una palabra de elogio para nuestros hermanos de milicia muertos por España en la revolución de octubre.

Ni para los que llevaron partes de guerra, bajo las balas, de pueblo a pueblo, del grueso a la vanguardia, de la playa al crucero.

Pero, en cambio, lanzan a los cuatro vientos, con rencorosa complacencia, la más leve agresión a uno de los nuestros, la clausura de cualquiera de nuestras casas, todo lo que pueda representar para nosotros humillación o contrariedad.

Nuestra voz no puede seguir condicionada por la benevolencia tacaña de la prensa capitalista. (O. C., pág. 681, 31 oct. 35.)

Nos hemos salvado a cuerpo limpio del derrumbamiento del barracón derechista. Hemos ido solos a la lucha. Ya se sabe que en régimen electoral mayoritario sólo hay puesto para dos candidaturas; la tercera tiene por inevitable destino el ser laminada. No aspirábamos, pues, y varias veces lo dijimos, a ganar puestos, sino a señalar nuestra posición una vez más. Las derechas casi amenazaron de ex comunión a quien nos votara. Por otra parte, acudieron a los más sucios ardides repitieron hasta última hora que nos retirábamos; nos quitaron votos en los escrutinios, hechos sin interventores nuestros..., todo lo que se quiera. Con ello, el interés de las elecciones no hace para nosotros más que aumentar: no nos ha votado ni una sola persona que no estuviera absolutamente identificada con la Falange; y aún así, hemos tenido en las nueve circunscripciones donde hemos luchado más de cincuenta mil votos oficiales. Dado que dos terceras partes de nuestros adictos no tienen voto aún, esto quiere decir que la Falange, en dos años de vida, contra viento y marea, cuenta en nueve provincias con un núcleo incondicional de ciento cincuenta mil personas. ¿Podrían muchos partidos decir otro tanto? (O. C., págs. 897-898, 23 feb. 36.)

Los que han contribuido al triunfo electoral derechista pueden dividirse en dos grupos: uno formado por los que votaron en favor del renacimiento de antiguas costumbres: los que añoraban los buenos tiempos de los jornales míseros, de las grandes tierras destinadas al ocio por sus dueños y de los cacicatos de horca y cuchillo, y otro grupo formado por los que quisieron votar contra la disolución de España, contra la impiedad y la crueldad del bienio azañista, contra nuestra colonización por las logias y la Internacional de Amsterdam.

El primer grupo no sólo no nos interesa nada, sino que deseamos con todo fervor, con tanto fervor como los más irreducibles revolucionarios de izquierda, verlo raído del mundo.

Pero las gentes del segundo grupo, a las buenas gentes nacionales que esperaron detener una revolución antiespañola con papelitos en urnas, tenemos que decirles: para ganar unas elecciones basta poco más que con señoras y ficheros; pero para ganar un pueblo se necesita más que un cómodo ademán de repulsa; hay que tener una fe, una alegría y una fuerza. Sin ellas -que han de ser puras, sin disimulo ni falsificación- las victorias electorales no sirven más que para deparar a unos cuantos señores el privilegio de viajar de balde mientras las Cortes duran. (O. C., pág. 115, 11 ene. 34.)

La escuela populista es como una de esas grandes fábricas alemanas en que se produce el sucedáneo de casi todas las cosas auténticas.

Surge en el mundo, por ejemplo, el fenómeno socialista; surge el ímpetu sanguíneo, violento, auténtico de las masas socialistas; en seguida, la escuela populista, rica en ficheros y en jóvenes cautos, llenos, sí, de prudencia y cortesía, pero que se parecen más que a nada a los formados en la más refinada escuela masónica, produce un sucedáneo del socialismo y organiza una cosa que se llama democracia cristiana frente a las Casas del Pueblo, Casas del Pueblo; frente a los ficheros, ficheros; frente a las leyes sociales, leyes sociales. Se adiestra en escribir memorias sobre la participación en los beneficios, sobre el retiro obrero, sobre otras mil lindezas. Lo único que pasa es que los obreros auténticos no entran en esas jaulas preciosas del populismo, y las jaulas preciosas no llegan a calentarse nunca. Surge en el mundo el fascismo con su valor de lucha, de alzamiento, de protesta de pueblos oprimidos contra circunstancias adversas y con sus cortejo de mártires y con su esperanza de gloria, y en seguida sale el partido populista y se va, supongámoslo, para que nadie se dé por aludido, a El Escorial, y organiza un desfile de jóvenes con banderas, con viajes pagados, con todo lo que se quiera, menos con el valor juvenil revolucionario y fuerte que han tenido las juventudes fascistas. (O. C., pág. 568, 19 mayo 35.)

## IZQUIERDAS

... la izquierda es, en el fondo, el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas buenas. (O. C., pág. 65, 29 oct. 33.)

Los partidos de izquierdas ven al hombre, pero le ven desarraigado. Lo constante de las izquierdas es interesarse por la suerte del individuo contra toda la arquitectura política, como si fueran términos contrapuestos. El izquierdismo es, por eso, disolvente; es, por eso, corrosivo; es irónico, y, estando dotado de una brillante colección de capacidades, es, sin embargo, muy apto para la destrucción y casi nunca apto para construir. (O. C., pág. 508, 9 abr. 35.)

Los partidos de la izquierda alegan la preocupación de lo social, pero además de que, aun en eso, son totalmente ineficaces, porque su política desquicia un sistema económico, y no mejora en nada la suerte de los humildes, los partidos de izquierda ejercen una política persecutoria, materialista y antinacional. (O. C., pág. 550, 12 may. 35.)

Las izquierdas son más numerosas (no se olvide que en la izquierda está comprendida la casi totalidad de la inmensa masa proletaria española); más impetuosas, con más capacidad política...; pero son antinacionales. Desdeñando artificiales denominaciones de partido, las izquierdas están formadas por dos grandes grupos:

a) Una burguesía predominantemente intelectual. De formación extranjera, penetrada en gran parte por la influencia de instituciones internacionales, esta parte de las izquierdas es incapaz de sentir a España entrañablemente. Así, todas las tendencias disgregadoras de la unidad nacional han sido aceptadas sin repugnancia en los medios izquierdistas.

b) Una masa proletaria completamente ganada por el marxismo. La política socialista, extremadamente pertinaz y hábil, casi ha llegado a raer de esa masa la emoción española. Las multitudes marxistas no alojan en su espíritu sino una torva concepción de la vida como lucha de clases. Lo que no es proletario no les interesa; no pueden, por consiguiente, sentirse solidarias de ningún valor nacional que exceda lo estrictamente proletario. El marxismo, si triunfa, aniquilará incluso a la burguesía izquierdista que le sirve de aliada. En esto la experiencia rusa es bien expresiva. (O. C., págs. 318-319, nov. 34.)

Las izquierdas han venido proclamando a los cuatro vientos la necesidad de llegar a una verdadera justicia social, fuera como fuera, mas al mismo tiempo se esforzaba en arrancar del alma del obrero todo impulso espiritual, todo estímulo religioso. Llenaban de odios las masas obreras, no para mejorar a la Patria, ni para restablecer una más perfecta justicia social, sino para medrar, encaramándose sobre las espaldas de las masas hambrientas, como señor de horca y cuchillo. (O. C., página 624, 21 julio 35.)

Mostró cómo en el fondo de nuestras almas vibra una simpatía hacia muchas gentes de la izquierda, las cuales -dijo- han llegado al odio por el mismo camino que a nosotros nos ha conducido el amor, mediante la crítica de una España mediocre, entristecida, miserable y melancólica. Pero los que constituyen el bloque electoral de izquierdas son los marxistas; mejor dicho, los que preconizan el pensamiento marxista con un sentido asiático, antiespañol, antihumano, y así, en el manifiesto que publicaron, después de una serie de vaguedades en las soluciones, muestran adjetivos muy diferentes que, completados con declaraciones más o menos claras, nos anuncian un nuevo período de guerra civil. (O. C., pág. 885, 26 ene. 36.)

... las izquierdas no saben hablar de esas ansias de justicia social si no es arrancándole a las masas las esencias espirituales: a cambio de pan quieren privarles del sentido de la Patria y

de la familia y convertirlos en unos desesperados. Porque los más desesperados son los que mejor sirven a los que los explotan. (T. 1, pág. 287, 17 mar. 35.)

### **EL SOCIALISMO ESPAÑOL**

En el socialismo, fuera de dos o tres ideólogos cada vez menos influyentes, sólo hay dos clases de elementos a cual menos estimables: un equipo de viejos zorros duchos en picardías políticas y habituados a los mismos burgueses, y una masa rencorosa cada vez más cerrada a toda sensibilidad espiritual, bolchevizada, encendida de rabia por una prensa inmunda y a la que se prepara para la revolución por medio de las drogas más adecuadas: el materialismo, el desnudismo y el amor libre. Para los marxistas, el obrero no es interesante sino como carne de revolución; por eso su campo de cultivo es el proletariado urbano, siempre más rencoroso y más impuro. El marxismo es una organización para el envenenamiento de las masas, que hay que extirpar implacablemente. (O. C., págs. 294-295, 27 ago. 34.)

## V. Encuentro Con el pueblo

...qué buen vasallo si oviera buen señor!

Y así, nosotros hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorríamos los pueblos de esta España maravillosa, esos pueblos donde todavía, bajo la capa más humilde, se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tiene un gesto excesivo ni una palabra ociosa, gentes que viven sobre una tierra seca en apariencia, con sequedad exterior, pero que nos asombra con la fecundidad que estalla en los triunfos de los pámpanos y de los trigos. Cuando recorríamos esas tieñas y veíamos esas gentes, y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por los campos de Castilla, desterrado de Burgos

¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor! (O. C., págs. 64-65, 29 oct. 33.)

Hablamos encima de una mesa, bajo un techo de cañas con las vigas al aire, ennegrecidas por el humo. Nos rodean unos hombres y unas mujeres con el rostro curtido; unos hombres que, como sus padres, como sus abuelos y como sus tatarabuelos, venían cuidando sus ganados, venían labrando su terruño. Así eran, seguramente, como esos hombres, los porquerizos que al principio del siglo XVI se fueron a conquistar M continente. Junto a esos hombres estaban las mujeres; las mujeres suyas, con unos ojos tan negros, tan profundos, tan encendidos, que parecían prometer otros mil años, otros mil siglos de vitalidad. Pues bien: cerca de aquellas gentes que no sabían de política, que difícilmente entienden lo que son las candidaturas, que viven de una manera genuina, como se vivía desde mucho antes que existieran las ciudades, entre esas gentes noté que estaba viva España, que toda esa obra de la Constitución que padecemos y de los Gobiernos que nos han gobernado es una cosa provisional. Tenemos todavía nuestra España, y no hay más que escarbar un poco para que la encontremos. España está ahí, y un día encontraremos a España, y entonces tal vez no nos oigan hablar de estas cosas. (O. C., pág. 76, 12 nov. 33.)

Vosotros sois la verdadera España; la España vieja y entrañable, sufrida y segura, que conserva durante siglos la labranza, los usos familiares y comunales, la continuidad entre antepasados y descendientes. De vosotros salieron también duros, callados y sufridos, los que hicieron el Imperio de España. Pero sobre vosotros, oprimiéndoo, deformando la España verdadera que contituís, hay otra, artificial, infecunda, ruidosa, formada por los partidos políticos, por el Parlamento, por la vida parasitaria de las ciudades.

Hemos vivido tiempos gloriosos cuando la verdadera España, profunda, ha sido más fuerte que su costra; vivimos -como ahora- tiempos miserables cuando la costra ahoga a las entrañas eternas. (O. C., página 583, 30 may. 35.)

Se os ha engañado tanto con palabras más o menos bellas, que ya casi da vergüenza acercarse a vosotros con nuevas palabras. Hay tantos agrarios por ahí vueltos de espaldas a vuestra angustia que tenéis razón para desconfiar de todo el que viene a recordárosla. Estáis hartos de política. Pero todo el asco que se os ha metido en el alma no impide que sigáis en vuestro puesto, callados y sufridos, bajo la helada y bajo el sol, siendo el soporte económico de España y la guarda duradera y profunda de sus esencias espirituales.

Mientras vosotros os extenuáis, acaso, para sacar tres o cuatro semillas por una, el prestamista descansa en la seguridad de que vuestro sudor le asegura los réditos; el especulador sabe que tendréis que venderle la cosecha a cualquier precio para que no se pudra en los trojes; el cacique cuenta con vuestra esclavitud para especular en política, y el político os adornece con promesas para encaramarse sobre vuestras espaldas. Pero ninguno



de éstos quiere vuestra salvación, porque su medro depende de que sigáis siglos y siglos como ahora. Ninguno de ellos quiere la revolución agraria que España necesita. (O. C., pág. 683, 7 nov. 35.)

Eran como vosotros, tenían vuestras mismas caras los que hicieron que este sol de la Mancha calentara la redondez del mundo sin dejar de mirarse en tierras españolas. (O. C., pág. 317, 29 dic. 35.)

No faltan consejeros oficiales que nos digan, Dios sabe con qué intención: «Hay que hablar al pueblo de una manera tosca para que lo entienda». Eso es una injuria para el pueblo y para nosotros, que no aceptamos ningún lenguaje para hablar, porque, como también decía Rafael, nos sentimos carne y habla del pueblo mismo.

¿Quién ha dicho que nuestro pueblo sólo entiende lo zafio? En el teatro de Calderón está toda la Teología y toda la Metafísica contenidas en la forma más disciplinada, y, sin embargo, fue bien popular. Bien popular somos nosotros -mira, Eugenio, las caras que nos rodean-, y bien nos entendemos contigo. Precisamente porque lo somos, no somos «castizos», no estamos como el pez en el agua en esta España que nos tocó vivir. Al contrario, andamos por los caminos sin reposo, ¡porque España no nos gusta nada, porque la que nos gusta es la otra, la exacta, la difícil! (O. C., pág. 418, 24 feb. 35.)

Estamos, en efecto, al final de un proceso de decadencia. España perdió primero su misión imperial; perdió después, al caer la Monarquía, el instrumento con que había realizado esta misión imperial. Hoy no tiene ninguna que cumplir, ni un estado fuerte que la realice. ¿Y va a ser precisamente ahora cuando aspiremos a cristalizarnos, a detenernos históricamente? No será esto, de seguro, lo que apetezcáis vosotros, cordobeses; vuestros más gloriosos paisanos. Séneca, Trajano, el Gran Capitán, supieron muy bien que ni siquiera las cosas pequeñas se conseguían sino a través de las cosas grandes, y por eso no aspiraron a un orden pequeño para Córdoba o para España, sino que fueron a Roma, a Europa, a empuñar las riendas del mundo. Aquellos cordobeses sabían que, ordenando al mundo, ordenaban a España; sabían ya que, en la Historia y en la política, el camino más corto entre dos puntos es el que pasa por las estrellas. (O. C., pág. 549, 12 may. 35.)

Iréis a pie, camaradas. La intemperie y el asfalto de las carreteras convienen a nuestro estilo militar y ascético. Llegar a Villalba o a Navalcarnero, a Aranjuez o a Illescas, no es nada extraordinario. Comeréis en las posadas aldeanas el pan moreno y los fuertes guisotes campesinos. Hablaréis con arrieros y labradores de nuestro modo de ser falangistas; y les explicaréis cómo dejáis la ciudad para ir a ellos, no a pedirles nada, sino a ofrecerles lo más generoso que se puede ofrecer a un hombre: la alegría del amor a la Patria. Explicadles bien nuestro afán de unidad de las tierras y de los hombres de todas clases. Explicadles bien que ser español es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo. Explicadles nuestra Historia y reanimadles el ansia de Imperio. Estaréis diez días de peregrinación por esos campos de Dios. Cada uno llevaréis diez duros para vivir. Es poco. Pero pensad que hay muchos españoles que ni esas cinco pesetas diarias ganan para mantener un hogar con mujer e hijos. Casi no importa que quienes vivís cómodamente en vuestras casas aprendáis la angustia del hambre. Si todos los españoles supieran lo que es quedarse sin comer un día, quizá pudiera lograrse que comiesen todos a diario. Un duro no es mucho en sí, pero pensad que quienes lo lleváis sois falangistas. Si es necesario compartirlo con alguien más pobre que vosotros, no dudéis en hacerlo. Y si es posible -lo es, porque vosotros sois jóvenes y alegres, y la juventud y la alegría siempre son acogidas con cariño y calor en todas partes-, ese duro os debe sobrar y debéis devolverlo al regreso. Os deben oír y convidar. En estos días navideños hay buenas comidas familiares en las casas. Seguro estoy de que muchos sabréis ser invitados de honor de esos hogares. Tenéis diez duros cada uno para diez días, camaradas. El que al final de la jornada los devuelva a la Falange, será el mejor camarada..., a no ser que alguno

caiga en el acto de servicio que se os encomienda, pues siempre son los mejores los que entre nosotros elige Dios para su Guardia. (T. I, págs. 252-253, ¿23 dic. 34?)

... los jefecillos revolucionarios no quieren que lleguemos hasta los obreros, y nos separan de los obreros con una serie de recriminaciones y de calumnias. Pero nosotros nos entenderemos con los obreros, nos entenderán los obreros, nos acercaremos a ellos; ya empezamos a acercarnos; ya, por de pronto, mirad cómo en las mejores capas españolas, en las capas españolas que guardan esa vena inextinguible del heroísmo individual que conquistó América, se ha entrado en contacto con nosotros; se ha entrado a tiros, sí, y esto no importa; el entrar a tiros es una manera de entenderse. Nosotros acabaremos por entendernos con estos que hoy dialogan con nosotros a tiros; lo que sentiríamos es que se interpusieran en nuestras luchas esas caducas costumbres de la vieja política o la injerencia, que rechazamos, de este Estado llamado a desaparecer. (O. C., pág. 798, 22 dic. 35.)

## VI. Tarea de España

.....  
cómo en los pechos jóvenes  
llama tu voz, el ala infatigable,  
que no puede morir!  
¡Y cómo se disgregan  
los tapiales que alzó la cobardía  
y erizó el egoísmo  
porque tu voz posee  
el metal de las bíblicas trompetas  
que abatieron los muros poderosos!

.....  
¡Pero tu voz pasaba como un viento inasible!  
Y España se ergía en tajamar, en torre,  
en retadora proa.

F. M.

### JUSTICIA SOCIAL Y DESTINO COLECTIVO

Urge rehacer España sobre bases nuevas, fuertes y justas. Daos cuenta de que esto es completamente posible en cuanto los españoles nos unamos resueltamente para hacerlo: España no ha padecido con el rigor de otras naciones la crisis económica de hace unos años. No entró tampoco en la guerra europea. Tiene innumerables cosas por hacer, en las que pueden hallar trabajo, durante un siglo, cuantos quieran trabajar de veras. ¡Qué magnífico porvenir se nos presenta como realizable! (O. C., pág. 754, 5 dic. 35.)

Buscaremos las raíces de la escueta autenticidad española. Necesitamos una nación y una justicia social. Hay que entregar a España -con amor y con dolor- para que la fecunde, la temple y la alegre.

Uniremos la conciencia de eternidad y de modernidad para ser seriamente españoles. (T. 1., pág. 202, 8 abr. 34.)

El medio contra los males de la disgregación está en buscar de nuevo un pensamiento de unidad; concebir de nuevo a España como unidad, como síntesis armoniosa colocada por encima de las pugnas entre las tierras, entre las clases, entre los partidos. Ni a la derecha, que por lograr una arquitectura política se olvida del hambre de las masas; ni con la izquierda, que por redimir las masas las desvía de su destino nacional. (O. C., pág. 398, 21 ene. 35.)

Lo esencial de un Movimiento es esto: encontrar una norma constante que sirva de medida para regular los derechos y deberes de los hombres y de los grupos. Quiero decir: sustituir las luchas de partidos y de clases por una estructura orgánica que encamine el esfuerzo de todos en el servicio común de la Patria. Para esto es preciso: Primero, devolver a España un sentido histórico fuerte, una convicción enérgica de su destino universal; segundo, restaurar las

primicias de las virtudes heroicas, y tercero, implantar una justicia social profunda que considere a todo el pueblo como una comunidad orgánica de existencia y establezca un reparto mejor de los placeres y sacrificios. (T. I., página 165, dic. 33.)

Si nos duele la España chata de estos días... no se nos curará el dolor mientras no curemos a España. Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los demás. Lo que queremos es justamente lo contrario: hacer, por las buenas o por las malas, una España distinta de la de ahora, una España sin la roña y la confusión y la pereza de un pasado próximo; rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil. (O. C., pág. 217, 19 de abril 34.)

Por eso la Falange no quiere ni la Patria con hambre, ni la hartura sin Patria; quiere inseparable la Patria, el pan y la justicia. Y para deparárselas al pueblo no sólo no pide nada, sino que ofrece el sacrificio y el ímpetu de los suyos. (O. C., pág. 629, 22 jul. 35.)

¡Basta de falsificaciones! La tarea española está intacta: la tarea de devolver a España un ímpetu nacional auténtico y asentarla sobre un orden social distinto. Basta de palabrería mal copiada, y vamos a la busca de la palabra decisiva, de la mágica palabra del resurgimiento. Otra vez hay que salir contra los que quieren arrancamos del alma la emoción española y contra los que amparan bajo la bandera del patriotismo la averiada mercancía de un orden burgués agonizante. (O. C., página 438, 21 mar. 35.)

Lo que pasa es que todos los que nos hemos asomado al mundo después de catástrofes como la de la gran guerra, y como la crisis, y después de acontecimientos como el de la Dictadura y el de la República española, sentimos que hay latente en España y reclama cada día más insistentemente que se la saque a la luz -y eso sostuve aquí la otra noche- una revolución que tiene dos venas: la vena de una justicia social profunda, que no hay más remedio que implantar, y la vena de un sentido tradicional profundo, de un tuétano tradicional español que tal vez no reside donde piensan muchos y que es necesario a toda costa rejuvenecer. (O. C., pág. 267, 3 jul. 34.)

España tiene su revolución pendiente y hay que llevarla a cabo. Pero hay que llevarla a cabo -aquí está el punto decisivo- con el alma ofrecida por entero al destino total de España, no al rencor de ninguna bandería. (O. C., pág. 897, 23 feb. 36.)

Pero no basta la exclusión. Hay que proponerse, positivamente, una tarea. La de dar a España estas dos cosas perdidas: primera, una base material de existencia que eleve a los españoles al nivel de seres humanos; segunda, la fe en un destino nacional colectivo y la voluntad resuelta de resurgimiento. Estas dos cosas tienen que ser las que se impongan como tarea el grupo, el frente en línea c e combate de nuestra generación. Y hace falta, para que nadie se llame a engaño, decir lo que contiene estas dos proposiciones terminantes. (O. C., pág. 715, 17 nov. 35.)

Y hacer esto sería aquí más fácil, porque el capitalismo es en España menos fuerte. Nuestra economía es casi una economía interna; tenemos innumerables cosas que hacer. Con una inteligente reforma agraria, como la que Onésimo Redondo os ha expuesto, y con una reforma crediticia que redimiese a los labradores, a los pequeños industriales, a los pequeños comerciantes, de las garras doradas de la usura bancaria, con esas dos cosas, habría tarea para lograr, durante cincuenta años, la felicidad del pueblo español. (O. C., pág. 564, 19 may. 35.)

He aquí una grande y bella tarea para quienes de veras considerasen a la Patria como un quehacer: aligerar su vida económica de la ventosa capitalista, llamada irremediamente a estallar en comunismo; verter el acervo de beneficios que el capitalismo parasitario absorbe en la viva red de los productores auténticos, ello nutriría la pequeña propiedad privada, libertaría de veras al individuo, que no es libre cuando está hambriento, y llenaría de sustancia económica las unidades orgánicas verdaderas: la familia, el municipio, con su patrimonio comunal rehecho, y el sindicato, no simple representante de quienes tienen que arrendar su trabajo como una mercancía, sino beneficiario del producto conseguido por el esfuerzo de quienes lo integran.

Para esto hacen falta dos cosas: una reforma crediticia, tránsito hacia la nacionalización del servicio de crédito, y una reforma agraria que delimite las áreas cultivables y las unidades económicas de cultivo, instale sobre ellas al pueblo labrador revolucionariamente y devuelva al bosque y a la ganadería las tierras ineptas para la siembra que hoy arañan multitudes de infelices condenados a perpetua hambre. (O. C., págs. 842-843, 16 ene. 36.)

Pero el caso de España es distinto. España no ha pasado por la guerra, se encuentra infrapoblada, sin navegación ni agricultura. Hay en ella por hacer una faena de cien años. Pongámonos a trabajar. España ha sido una nación que ha tenido magníficas ocasiones para encontrar un rumbo nuevo. Pero parece que casi siempre también los ha perdido. Pero nosotros no perderemos la nuestra. Sabemos lo que tenemos que hacer. Devolveremos a España la fe en sí misma, la ambición de reclamar sagrados y altos puestos. España es de valor universal y tiene que volver a hacer oír su voz en el mundo. Debemos infundir esta confianza en el pueblo y devolver, sobre todo, a España una justicia social. (T. I, pág. 256, 5 ene. 35.)

Todo lo que habéis oído de España eran conclusiones pesimistas: estábamos atrasados y casi muertos. Pues bien: eso es mentira. Sabed que ahora, cuando el mundo se encuentra sin salida, asfixiado por esos adelantos con que se nos humilla, España es la que vuelve a tener razón contra todos.

Mientras otros pueblos padecen la angustia de no tener ya nada que hacer, España tiene por delante tarea para cuarenta millones de españoles, que han de llegar a existir, durante ochenta años. (O. C., página 233, 20 may. 34.)

Pronto, por mucho que nos retraiga de la decisión última el supremo pavor de equivocarnos, tendremos que avanzar sobre España. Los rumbos abiertos a otros países superpoblados, superindustrializados, convalecientes de una gran guerra, se abrirían mucho más llanos para nuestra España semipoblada y enorme, en la que hay tanto por hacer. Sólo falta el toque mágico -ímpetu y fe- que la desencante. Como en los cuentos, España está cautiva de los más torpes y feos maleficios; una política confusa, mediocre, cobarde, estéril la tiene condenada a parálisis. (O. C., págs. 324-325, nov. 34.)

Para salvar la continuidad de esta España melancólica, alicorta, triste, que cada dos años necesita un remedio de urgencia, que no cuenten con nosotros. Por eso estamos solos, porque vemos que hay que hacer otra España, una España que se escape de la tenaza entre el rencor y el miedo por la única escapada alta y decente, por arriba, y de ahí por donde nuestro grito de «¡Arriba España!» resulta ahora más profético que nunca. Por arriba queremos que se escape una España que dé enteras, otra vez, a su pueblo las tres cosas que pregonamos en nuestro grito: la Patria, el pan y la justicia. (O. C., páginas 874-875, 2 feb. 36.)

## LA REFORMA AGRARIA

Ahora, ¿hay alguno entre vosotros, en ningún banco, que se haya asomado a las tierras de España y crea que no hace falta una reforma agraria? Porque no es preciso invocar ninguna generalidad demagógica para esto; la vida rural española es absolutamente intolerable. Prefiero no hacer ningún párrafo; os voy a contar dos hechos escuetos. Ayer he estado en la provincia de Sevilla; en la provincia de Sevilla hay un pueblo que se llama Vadolatosa; en ese sitio salen a las tres de la madrugada las mujeres para recoger los garbanzos; terminan la tarea al mediodía, después de una jornada de nueve horas, que no puede prolongarse por razones técnicas, y a estas mujeres se les paga una peseta.

Otro caso de otro estilo. En la provincia de Ávila -esto lo debe saber el señor ministro de Agricultura- hay un pueblo que se llama Narros del Puerto. Este pueblo pertenece a una señora que lo compró en algo así como ochenta mil pesetas. Debió de tratarse de algún coto redondo de antigua propiedad señorial. Aquella señora es propietaria de cada centímetro cuadrado del suelo; de manera que la iglesia, el cementerio, la escuela, las casas de todos los que viven en el pueblo están, parece, edificados sobre terrenos de la señora. Por consiguiente, ni un solo vecino tiene derecho a colocar los pies sobre la parte de tierra necesaria para sustentarle, si no es por una concesión de esta señora propietaria. Esta señora tiene arrendadas todas las casas a los vecinos que las pueblan, y en el contrato de arrendamiento, que tiene un número infinito de cláusulas, y del que tengo copia, que puedo entregar a las Cortes, se establecen no ya todas las causas de desahucio que incluye el Código Civil, no ya todas las causas de desahucio que haya podido imaginarse, sino incluso motivos de desahucio por razones como ésta: «La dueña podrá desahuciar a los colonos que fuesen mal hablados»\_ Es decir, que ya no sólo entran en vigor todas aquellas razones de tipo económico que funcionan en el régimen de arrendamientos. sino que la propietaria de este término, donde nadie puede vivir y de donde ser desahuciado equivale a tener que lanzarse a emigrar por los campos, porque no hay decímetro cuadrado de tierra que no pertenezca a la señora, se instituye en tutora de todos los vecinos, con esas facultades extraordinarias, facultades extraordinarias que yo dudo mucho de que existieran cuando regía un sistema señorial de la propiedad. (O. C., págs. 631-632, 23 jul. 35.)

La reforma agraria española ha de tener dos partes, y si no, no será más que un remedio parcial, y probablemente un empeoramiento de las cosas. En primer lugar, exige una reorganización económica del suelo español. El suelo español no es todo habitable, ni muchísimo menos; el suelo español no es todo cultivable. Hay territorios inmensos del suelo español donde lo mismo el ser colono que el ser propietario pequeño equivale a perpetuar una miseria de la que ni los padres, ni los hijos, ni los nietos se verán redimidos nunca. Hay tierras absolutamente pobres, en las que el esfuerzo ininterrumpido de generación tras generación no puede sacar más que cuatro o cinco semillas por una. El tener clavados en esas tierras a los habitantes de España es condenarlos para siempre a una miseria que se extenderá a sus descendientes hasta la décima generación.

Hay que empezar en España por designar cuáles son las áreas habitables del territorio nacional. Estas áreas habitables constituyen una parte que tal vez no exceda de la cuarta de ese territorio; y dentro de estas áreas habitables hay que volver a perfilar las unidades de cultivo. No es cuestión de latifundios ni de minifundios; es cuestión de unidades económicas de cultivo. Hay sitios donde el latifundio es indispensable -el latifundio, no el latifundista, que éste es otra cosa-, porque sólo el gran cultivo puede compensar los grandes gastos que se requieren para que el cultivo sea bueno. Hay sitios donde el minifundio es una unidad estimable de cultivo; hay sitios donde el minifundio es una unidad desastrosa. De manera que la segunda operación, después de determinar el área habitable y cultivable de España, consiste, dentro de esa área, en establecer cuáles son las unidades económicas del cultivo. Y establecidas el área habitable y cultivable y la unidad económica de cultivo, hay que instalar resueltamente a la población de España sobre esa área habitable y cultivable; hay que instalarla resueltamente, y hay que instalarla -ya está aquí la palabra, que digo sin el menor dejo demagógico, sino por la razón técnica que vais a escuchar en seguida- revolucionariamente. (O. C., págs. 633-634, 23 jul. 35.)

Pero no basta con estas medidas. Hay que llevar a cabo, a fondo, la verdadera revolución nacional agraria. Todavía, pese a las reformas agrarias que se hicieron pasar ante vuestros ojos, hay muchísima gente en España que vive del campo sin trabajar, que vive de las rentas del campo sin contribuir en nada a que el campo produzca: cobrando la renta como quien cobra un impuesto. Hay, por otro lado, muchísima gente que se ve obligada a labrar durante años y años, a falta de otra cosa, un terruño seco que apenas le da para sostener su hambre. Y muchísimas tierras que por mala distribución, por mal cultivo o por avaricia de sus dueños, sostienen a mucha menos gente de la que podrían sostener.

Hay que acabar con esto. Pese a quien pese, sobre la tierra de España tiene que vivir el pueblo español. Y no sobre toda la tierra de España, porque una grandísima parte de ella es inhabitable e incultivable. Es una burla para el campesino elevarle a propietario de un trozo de tierra pedregosa y estéril. No; donde hay que instalar al pueblo labrador de España es sobre las regiones buenas, sobre las que hoy existen y sobre las que se pueden fertilizar con los riegos. España tiene tierras suficientes para mantener a todos los españoles y a quince millones más. Sólo faltan hombres enérgicos que lleven a cabo la bella y magnífica revolución agraria: el traslado de masas enteras, hambrientas de siglos, agotadas en arañar tierras míseras, a los anchos campos feraces.

Para esto habrá que sacrificar a unas cuantas familias. No de grandes labradores, sino de capitalistas del campo, de rentistas del campo; es decir, de gente que, sin riesgo ni esfuerzo, saca cantidades enormes por alquilar sus tierras al labrador. No importa. Se las sacrificará. El pueblo español tiene que vivir. Y no tiene dinero para comprar todas las tierras que necesita. El Estado no puede ni debe sacar de ningún sitio, si no es arruinándose, el dinero preciso para comprar las tierras en que instalar al pueblo. Hay que hacer la reforma agraria revolucionariamente; es decir, imponiendo a los que tienen grandes tierras el sacrificio de entregar a los campesinos la parte que les haga falta. Las reformas agrarias, como la que rige ahora, a base de pagar a los dueños el precio entero de sus tierras, son una bafa para los labradores. Habrán pasado doscientos años y la reforma agraria estará por hacer. (O. C., págs. 685-686, 7 nov. 35.)

La reforma agraria no es sólo para nosotros un problema técnico, económico, para ser estudiado en frío por las escuelas; la reforma agraria es la reforma total de la vida española. España es casi toda campo. El campo es España; el que en el campo español se impongan unas condiciones de vida intolerables a la humanidad labradora en su contorno español no es sólo un problema económico; es un problema entero, religioso y moral. Por eso es monstruoso acercarse a la reforma agraria con sólo un criterio económico; por eso es monstruoso poner en pugna interés material con interés material, como si sólo de eso se tratara; por eso es monstruoso que quienes se defienden contra la reforma agraria aleguen sólo títulos de derecho patrimonial, como si los de enfrente, los que reclaman desde su hambre de siglos, sólo aspirasen a una posesión patrimonial y no a la íntegra posibilidad de vivir como seres religiosos y humanos.

Esta reforma agraria tendrá también dos caminos: primero, la reforma económica; segundo, la reforma social.

Una gran parte de España es inhabitable, es incultivable. Sujetar a las gentes que ahora vienen adheridas a estos suelos es condenarlas a la miseria para siempre. Hay eriales que nunca debieron dejar de ser eriales; hay pedregales que no se debían haber labrado nunca. Así, pues, lo primero que tiene que hacer una reforma agraria inteligente es delimitar las superficies cultivables de España, delimitar las actuales superficies cultivables y las superficies que puedan ponerse en cultivo con las obras de riego que inmediatamente hay que intensificar. Y después de eso, tener el valor de dejar que las tierras incultivables vuelvan al bosque, a la nostalgia de bosques de nuestras tierras calvas, devolverlas a los pastos, para que renazca nuestra riqueza ganadera, que nos hizo fuertes y robustos; devolver todo eso a lo que no es cultivo; no volver a meter un arado en su pobreza. Una vez delimitadas las tierras cultivables de España, proceder, dentro aún de la operación económica, a reconstruir las unidades de cultivo. Sobre esto ha trabajado admirablemente nuestro Consejo Nacional. En líneas generales, pueden señalarse tres tipos de cultivo, puesto que, desde este punto de vista, los de las

regiones del Norte y de Levante, en cierto modo, se pueden emparejar; hay tres clases de cultivos: los grandes cultivos de secano, que necesitan una industrialización y un empleo de todos los medios técnicos que sean necesarios para que produzcan económicamente, y que han de someterse a un régimen sindical; los cultivos pequeños, en general los cultivos de regadío o los cultivos de tierras en zona húmeda; éstos han de parcelarse para constituir la unidad familiar; pero como ocurre que en muchas de esas tierras se ha exagerado la parcelación y se ha llegado al minifundio antieconómico, lo que en muchos casos será parcelación, en otros será agrupación para que se formen las unidades familiares de cultivo, los cotos familiares de cultivo, o se regirán por un régimen familiar corporativo, para el suministro de aperos y para la colocación de los productos; y hay otras grandes áreas, como son, por ejemplo, las oliveras, de un interés excepcional para España, donde el cultivo deja períodos de largos meses de total desocupación de los hombres. Las tierras de esta clase necesitan complemento, bien por los pequeños regadíos, donde se trasladan los trabajadores durante la época de paro involuntario, bien por el montaje de pequeñas industrias, accesorias de la agricultura, para que puedan vivir los campesinos durante estas largas temporadas.

Una vez hecha esta clasificación de las tierras; una vez constituidas estas unidades económicas de cultivo, entonces llega el instante de llevar a cabo la reforma social de la agricultura, y fijaos en esto: ¿en qué consiste, desde un punto de vista social, la reforma de la agricultura? Consiste en esto: hay que tomar al pueblo español, hambriento de siglos, y redimirle de las tierras estériles donde perpetúa la miseria; hay que trasladarle a las nuevas tierras cultivables; hay que instalarle, sin demora, sin espera de siglos, como quiere la ley de contrarreforma agraria, sobre las tierras buenas. Me diréis: pero, ¿pagando a los propietarios o no? Y yo os contesto: esto no lo sabemos; dependerá de las condiciones financieras de cada instante. Pero lo que yo os digo es esto: mientras se esclarezca si estamos o no en condiciones financieras de pagar la tierra, lo que no se puede exigir es que los hambrientos de siglos soporten la incertidumbre de si habrá o no habrá reforma agraria; a los hambrientos de siglos hay que instalarlos como primera medida; luego se verá si se pagan las tierras; pero es más justo y más humano, y salva a más número de seres, el que se haga la reforma agraria a riesgo de los capitalistas que no a riesgo de los campesinos. (O. C., págs. 717-719, 17 nov. 35.)

Levantar la vida del campo es levantar la vida de España. Nuestra Patria espera el instante de un gran resurgimiento campesino, que será la señal de su nueva grandeza. El campo libre y rico nos deparará una España unida y libre. ¡Arriba España! (O. C., pág. 686, 7 nov. 35.)

Es necesario hacer más propietarios con las tierras aptas para que así se distribuya equitativamente el fruto del campo. Porque la tierra no la dio nadie, no la hizo nadie, sino Dios. Y no es justo ni admisible que haya señores que se llevan el mejor bocado de un campo que apenas saben dónde está; sólo que en el Registro de la Propiedad está asentado a su nombre, mientras el que dobla la cerviz ante la tierra para cuidarla está sufriendo privaciones y miseria. Por esto dicen que yo no soy de derecha. Bueno; quizá tengan razón. (U. H., página 110, 5 feb. 36.)

Hay que fertilizar grandes extensiones de tierras españolas. Un cartel de las derechas dice que van a invertir mil millones de pesetas en un plan quinquenal de obras públicas para que no haya un solo pueblo sin agua y sin carreteras. Yo, que veo y recorro los pueblos españoles y veo la miseria en que viven, porque aquella tierra no les da más que acaso dos semillas por cada una que siembran, pienso con horror en lo que sería echarles carretera y agua para condenarlos eternamente a aquellas tierras infernales. Nosotros no haremos eso. Nosotros pondremos en riego las tierras buenas y las distribuiremos otra vez para sobre ellas fundar pueblos nuevos, sanos y alegres. (U. H., página 107, 26 ene. 36.)

El Estado nuevo tendrá que reorganizar, con criterio de unidad, el campo español. No toda España es habitable; hay que devolver al desierto, y sobre todo al bosque, muchas tierras que



sólo sirven para perpetuar la miseria de quienes las labran. Masas enteras habrán de ser trasladadas a las tierras cultivadas, que habrá de ser objeto de una profunda reforma económica y una profunda reforma social de la agricultura: enriquecimiento y racionalización de los cultivos, riego, enseñanza agropecuaria, precios remuneradores, protección arancelaria a la agricultura, crédito barato; y, de otra parte, patrimonios familiares y cultivos sindicales. Esta será la verdadera vuelta a la Naturaleza, no en el sentido de la égloga, que es el de Rousseau, sino en el de la geórgica, que es la manera profunda, severa y ritual de entender la tierra. (O. C., pág. 426, 3 mar. 35.)

Ya sabéis que la reforma agraria que presentaron los hombres del 14 de abril, en vez de ir, como la que nosotros apetecemos, a rellenar de sustancia al hombre, a volver a dotar al hombre de su integridad humana, social, occidental, cristiana, española; en vez de hacer eso, tendió a la colectivización del campo, es decir, a proletarizar también el campo, a convertir a los campesinos en masa gregaria, como los obreros de la ciudad. A eso tendían, y ni siquiera eso han hecho. Esta es la hora en que no han dado apenas un trozo de tierra a los campesinos. De la Ley de Reforma Agraria lo único que empezaron a cumplir fue un precepto añadido a última hora por un puro propósito de represalia. (O. C., pág. 566, 19 may. 35.)

Dos cosas positivas habrán, pues, de declarar quienes vengán a alistarse en los campamentos de nuestra generación: primera, la decisión de ir progresiva, pero activamente, a la nacionalización del servicio de banca; segunda, el propósito resuelto de llevar a cabo, a fondo, una verdadera Ley de Reforma Agraria. (O. C., pág. 717, 17 nov. 35.)

Hay que elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España. Para ello adquirimos el compromiso de llevar a cabo sin contemplaciones la reforma económica y la reforma social de la agricultura.

Enriqueceremos la producción agrícola (reforma económica) por los medios siguientes:

Asegurando a todos los productos de la tierra un precio mínimo remunerador.

Exigiendo que se devuelvan al campo, para dotarlos suficientemente, gran parte de lo que hoy absorbe la ciudad en pago de sus servicios intelectuales y comerciales.

Organizando un verdadero Crédito Agrícola Nacional, que al prestar dinero al labrador a bajo interés con la garantía de sus bienes y de sus cosechas le redima de la usura y del caciquismo.

Difundiendo la enseñanza agrícola y pecuaria.

Ordenando la dedicación de las tierras por razón de sus condiciones y de la posible colocación de los productos.

Orientando la política arancelaria en sentido protector de la agricultura y de la ganadería.

Acelerando las obras hidráulicas.

Racionalizando las unidades de cultivo para suprimir tanto los latifundios desperdiciados como los minifundios antieconómicos por su exiguo rendimiento.

Organizaremos socialmente la agricultura por los medios siguientes:

Distribuyendo de nuevo la tierra cultivable para instituir la propiedad familiar y estimular energícamente la sindicación de labradores.

Rendimiento de la miseria en que viven a las masas humanas que hoy se extenúan en arañar suelos estériles, y que serán trasladadas a las nuevas tierras cultivables.

Emprenderemos una campaña infatigable de repoblación ganadera y forestal, sancionando con severas medidas a quienes la entorpezcan e incluso acudiendo a la forzosa movilización temporal de toda la juventud española para esta histórica tarea de reconstruir la riqueza patria.

El Estado podrá expropiar sin indemnización las tierras cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente.

Será designio preferente del Estado nacionalsindicalista la reconstrucción de los patrimonios comunales de los pueblos. (O. C., págs. 342343, nov. 34.)

«JOSE ANTONIO» (ANTOLOGIA), EN SU TERCERA EDICIÓN, TERMINOSE DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES RUAN, S. A., EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1969, XXIX ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL FUNDADOR DE FALANGE ESPAÑOLA. LAUS DEO.

Títulos de la colección:

1. ANGEL GANIVET, por Luis González Seara.
2. RAMIRO DE MAEZTU, por Francisco González Navarro.
3. JUAN MARAGALL, por Jaime Ferrán.
4. JOSE ANTONIO, por Adriano Gómez Molina.
5. MIGUEL DE UNAMUNO, por Luis González Seara.
6. PEREZ GALDOS, por Amando de Miguel.
7. ORTEGA Y GASSET, por José Rodríguez Martínez.
8. EUGENIO D'ORS, por Jaime Ferrán.
9. JOAQUIN COSTA, por José Rodríguez Sánchez.
10. LA PICARESCA, por Jesús Cañedo.
11. F. DE QUEVEDO, por Mariano Cuesta Polo.
12. ESPAÑA VISTA POR LOS EXTRANJEROS, por José M. López-Cepero.